

CONTRIBUCION A UNA ETICA RACISTA

De René Binet

Libro editado en 1980 por:

Ediciones WOTÁN
Apartado de Correos 14.010 Barcelona
Traducción de Víctor Pizarro

ISBN 84-85156-68-4
Dep. legal M32674- 1980
Impreso en España

INDICE

- **PROLOGO DEL TRADUCTOR**
- **PREFACIO**
- **NOTAS BIOGRAFICAS**
- 1. CREACION DEL HOMBRE NUEVO**
- 2. SOCIALISMO Y RACISMO**
- 3. EL PENSAMIENTO DEL HOMBRE NUEVO**
- 4. EL RACISTA Y SU PUEBLO**
- 5. EL RACISTA Y SU PARTIDO**
- 6. EL RACISTA Y LA LIBERTAD**
- 7. EL RACISTA Y LA MORAL**
- 8. EL PARTIDO Y SU PROGRAMA**
- 9. UN RENACIMIENTO PERSONAL Y EL PARTIDO**
- 10. UNA ULTIMA PALABRA**

PROLOGO DEL TRADUCTOR

Cuando en julio de 1978, y días después de la adquisición y lectura de esta brillante obra, me propuse traducirla al castellano, no pensé que una fatal coincidencia iba a establecerse entre mi modesto trabajo y la existencia de una persona íntimamente relacionada con la misma.

Así, cuando el libro empezaba a rebasar los límites idiomáticos, y mientras era animado por el Profesor Amaudruz para continuar en el cumplimiento de mi deber de revolucionario y socialistanacional la Señora Marie Binet, viuda del autor de “CONTRIBUCION A UNA ETICA RACISTA”, vivía sus últimos días en la Francia por la que su marido vivió y luchó para transformar.

Sea esta versión castellana un postrer homenaje la esposa en vida del ideólogo y militante René Binet, quien, no obstante la desaparición física de su marido, continuó siempre en la propaganda entusiasta de sus: ideales. Hoy, que el destino le aparté de nuestro lado, nos corresponde seguir manteniendo izada la Bandera de nuestra Dignidad y Civilización

Es por ello que las juventudes de habla hispana, tanto de Europa como de ultramar, deberán leer y estudiar esta obra con ahínco sincero, único medio de comprender y ampliar el caudal de sus conocimientos, la grandeza de su ideal y la defensa de su Raza.

PREFACIO

Como resultado de una propuesta del Movimiento Céltico en Barcelona, en 1,969, la X Asamblea del NOE (Nuevo Orden Europeo) decidió la creación del Instituto Superior de Ciencias Psicosomáticas, Biológicas y Raciales. Este Instituto, que ya ha publicado varias obras para la defensa de la Raza, debía editar una obra póstuma de René Binet, quien en 1951 fue uno de los cinco miembros fundadores del Nuevo Orden Europeo.

A pesar de haber transcurrido más de 30 años desde que este libro fue escrito, su contenido no ha sido sobrepasado por la investigación científica ni por los acontecimientos políticos ocurridos desde entonces.

“Contribución a una Etica Racista“ puede decirse que está en la vanguardia del pensamiento racista y que, precisamente, hoy más que nunca abre nuevos e inmensos horizontes á quienes deseen rescatar a nuestra Europa (en su significado étnico y no sólo geográfico) de la decadencia y encaminarla por el camino de la ascensión biológica.

René Binet muestra, en efecto, que el Socialismo auténtico no es marxista; demuestra, además, que ese socialismo estaría condenado a la descomposición si se desvincula de sus raíces populares, es decir, de la Raza que le da justificación y vida. Sólo el Racismo conquistará la unidad deseada por el Movimiento Socialista, porque el verdadero Socialismo no es más que la consecuencia lógica de la defensa de la Raza.

En momentos tan dramáticos como los actuales, en los que el término Socialismo está secuestrado y desnaturalizado por los manipuladores sionistas (no en vano, el marxismo y el capitalismo financiero, aliados, ganaron la guerra 19391945), la presente obra de Binet aporta soluciones y clarifica las ideas al confundido hombre de hoy; a todo hombre preocupado. por el porvenir de Europa y de su Civilización.

René Binet nos habla como si en realidad estuviera todavía expectante ante la realidad angustiosa de este final del siglo XX que ya vivimos. En realidad, su mensaje es eterno como la Raza. Por eso, este libro lo leeremos y lo releeremos forzando nuestra reflexión, y nuestra acción.

René Binet murió físicamente; pero el espíritu de la Raza habla, a través de su obra, sobre todo a los jóvenes que están dispuestos a dar su vida incluso por algo que vale más: la Raza, el destino glorioso de Europa.

Esta meta y este camino sólo es posible - según Binet - mediante la edificación de un partido nuevo, de estilo Nacional-Revolucionario y, evidentemente,

Racista y Socialista.

El lector juzgará por si mismo y comprenderá quizá, por qué un entusiasta militante del Partido Comunista, encontró la revelación del Socialismo nacional, o mejor, del Socialracismo

NOTAS BIOGRAFICAS

Aunque la masa está acostumbrada a poner sobre cada uno la etiqueta precisa que le clasifica dentro de las categorías políticas existentes parece difícil admitir que un hombre, un grupo de hombres o un partido, rechace entrar en esta clasificación tan simplista y a la vez se proclame mandatario y representante de todo un pueblo o de toda una Raza. En seguida las gente de la chusma se sienten molestos frente a tal hombre o a tal Movimiento; ensayan vestirlo con una etiqueta de derechas o de izquierdas, condenándolo como de izquierdas o de derechas, alternativamente, sin saber que él no es ni lo uno ni lo otro porque, sobrepasando a ambos, lucha por unir a ambos campos en el marco del Pueblo y de la Raza. Esa es nuestra posición política y del que esto escribe

A veces, el desarrollo inesperado y brutal de la situación política puede ser el origen de esta superación de puntos de vista, de esta ampliación. Pero a menudo el estudio perseverante y metódico es el que obliga a tomar, una posición nueva que, de conclusión en conclusión, inevitablemente llega a conocer como la más justa y veraz.

Condenado desde 1936 como "fascista" por comunistas y socialistas, es decir, por los marxistas, fui, asimismo, condenado, por "comunista" por los Tribunales, en 1939 y perseguido como comunizante por los Jefes de la Brigada S.S. en 1944/45. Finalmente, perseguido como nazi por el Gobierno Francés en los años 1946/47. Esto no es sino la consecuencia de cierta continuidad política que no aceptando a ninguno de los bandos en lucha, tuvo que alzarse contra su alternativa dominación. No pretendo explicar mi posición a aquellos que jamás han entendido nada de política. No pretendo justificarme ante los que la desesperada situación de Occidente no logra hacer salir de su torpeza.

Llegué a las Juventudes Comunistas porque creí, a mis 17 años, que sólo ellos ofrecían un programa preciso de unión del pueblo sobre una base de disciplina y de acción social.

Que yo me haya equivocado al confundir marxismo con socialismo no aporta nada al tema. Yo deseaba una unidad del pueblo francés a través de mi socialismo centralizador. No obstante, la negativa del Komintern bajo su sección francesa, el Partido Comunista, Francés, —declaraba que eso era imposible a pesar de la lucha encabezada por los Doriots, los Barbé, los Celor, etc. Desde 1928 había una oposición seria entre la línea llamada de los "rusos" y la tendiente a la unificación de las tres clases, estallando el primer enfrentamiento entre 1933 y 1934, siguiendo posteriormente por toda Francia. La controversia terminaría para mí, con la expulsión del Partido el 20 de junio de 1934. También Doriot y Barbé serían expulsados posteriormente.

En 1936 escribía que lo que nos preocupaba como socialistas era defender a Francia y no a Rusia, con motivo de la amenaza de guerra que se veía venir.

En 1939 publiqué un manifiesto en el que declaraba que la guerra era reaccionaria y que Francia y - Alemania debían oponerse a la misma, porque no representaba los intereses del Pueblo Francés ni tampoco- del Alemán.

Vino la "guerra relámpago de 1940. Después el cautiverio. Completamente separado y desconectado de mis camaradas que la guerra dispersó, me encontré inmerso en

medio de los hombres del pueblo, venidos de todas las ideas políticas, las discusiones comenzaron pronto. Así, perdido en el fondo de un Komando de disciplina, entre Peine y Hannover, después de tres meses de prisión, después de tres evasiones frustradas,

en las horas de ocio que me quedaban tras cavar durante todo el día, me propuse redactar un “Programa”.

Desde el principio lo enfoqué como socialista unitario y francés. Después algunos, pasada la guerra y una vez publicado, han querido encontrar en él la influencia del ambiente en que vivía. Pero aquellos que han vivido la dureza del Komando de disciplina, el aislamiento de la cautividad aumentado por el aislamiento de una guardia de refuerzo, sonreirán conmigo. Durante esos tres años de prisionero en Alemania no había tenido más de dos horas de conversación con algún alemán, no había leído un solo diario de ellos y, en definitiva, el contacto con Alemania había sido a través de la culata de un fusil.

Si algo había influido en mí al redactar el programa era la presencia de los obreros y campesinos franceses que habían convivido conmigo durante tantos meses.

Por lo tanto, este programa no ha sido sino la síntesis, la conclusión de todas las conversaciones, explicaciones y discusiones que he tenido con las más amplias capas de campesinos y obreros franceses, que me han seguido a través de los 14 Komandos de disciplina en que permanecí cautivo, como consecuencia de mi actitud firmemente francesa.

Programa que representa las aspiraciones profundas del pueblo socialista que considera que el socialismo debe ser para todas las clases y que su unidad no puede hacerse sino Nación por Nación y Raza por Raza. No es una posición teórica más, sino la voluntad misma del pueblo.

RENE BINET

CREACION DEL HOMBRE NUEVO

El Racismo, tanto como concepción particular del mundo, como nacimiento de una nueva doctrina política y social, aporta, indudablemente, un importante mensaje al hombre al hombre europeo; aunque éste no lo perciba claramente, el fermento de un nuevo mundo ha sido lanzado. El Racismo puede enfrentarse a una oposición seria, a una incomprensión momentánea sin embargo, tarde o temprano será entendido.

Sin duda el hombre europeo parece tender más a su propia degeneración que a su progreso; parece orgulloso de su decrepitud racial de su decadencia, ante el hecho de que el Racismo está destinado a procurar una nueva especie de hombre blanco en la medida en que esta Selección pueda liberarle de un mundo que él rechaza, sin saberlo y afectado por su propia vanidad intenta alzarse contra la curación de su salud y la de su pueblo.

Se trata de galvanizar las “fuerzas que aun subsisten en nuestra sangre, de volver a traer, hoy; los vestigios de una antigua nobleza racial que caracterizó a la cultura y al hombre europeo. Es el intento de apresurar el nacimiento y advenimiento de un individuo más fuerte y más completo que haga estallar los límites de una sociedad mezquina y de un mundo sin perspectivas.

Frente al último hombre de la decadencia, procurar el nacimiento del primer hombre de un mundo nuevo, del Orden Nuevo digno de una filosofía y de una ética apropiada al nivel de conocimiento de nuestra época. Ese es el mensaje y el objeto de nuestro Racismo.

El racismo es, al mismo tiempo; la negación más total y la afirmación más completa. Frente a la desesperación y el envilecimiento que la mezcla de sangres y la influencia de filosofías asiáticas o africanas producen en el hombre europeo, el Racismo busca despertar la confianza y la fe en el hombre que viene.

Debe, para ser él mismo, oponerse desde el principio a todos aquéllos que vueltos hacia el pasado, hacia sus métodos y valores caducos, ven la edad de oro detrás y no delante de sí; debe oponerse a todo desorden, a todo caos, a la insuficiencia de las sociedades actuales que heredan conocimientos y técnicas de las que no son dignas y de las que no saben hacer buen uso.

Nuestro mensaje utiliza aún ciertas palabras del hombre de ayer, en la medida en que los valores nuevos, aun en gestación, no han creado todavía su propio lenguaje. Desde ahora, por lo tanto, las antiguas palabras se llenan para nosotros de una sustancia nueva. Es así como la voz de la Raza que comienza a balbucear sus primeras palabras debe ser despertada cada vez mas rotundamente.

Se puede esperar, por otra parte, que el orgullo inmenso de gestar y de ver nacer al hombre de la nueva era, pueda en muchos, sofocar el pequeño egoísmo, la estrecha sed de alegrías inmediatas, la voz de la raza en decadencia que yace y subsiste en cada uno.

La primera selección racial que crea el Partido Revolucionario, la expresión de su meta la forma de su combate, prefiguran desde ahora la nueva Raza. Su mensaje no es recibido sino por aquellos que dentro de su carne y de su espíritu están prestos a recibirlo. Este ha nacido de su propio movimiento, de su voluntad y de su representación del mundo nuevo.

Nosotros agregaremos que el mensaje no es un dogma inmutable, sino una figura animada, siempre incompleto, siempre en devenir, viviente, marchando como y con el hombre combativo y creador que lo concibe. Es por lo que el Partido, como expresión más completa, como síntesis del hombre de ayer y de hoy, debe llegar a ser a la vez heredero y juez del pasado, creador y legislador del porvenir.

En cada época los hombres-masa rechazan una perfección nueva para unirse a aquello que ha sido la perfección en el pasado. Pero, en cada época, el Partido Revolucionario y la minoritaria élite que expresa su mensaje, suscitan una serie de combates en el individuo y en la sociedad. Deseamos que nuestro partido permanezca siempre joven para desencadenar constantemente esta lucha interna y de sí contra todos; no como lo desearían las morales y las religiones negativas para reprimir las aspiraciones instintivas y profundas del hombre, sino, por el contrario, con objeto de exaltarla y sublimarlas.

La Ley del hombre completo es el esfuerzo y el combate. Sólo el hombre del Partido, preparado física e intelectualmente puede vivir totalmente, en sí mismo esta lucha.

Si el hombre, en efecto, está perpetuamente dividido entre su deseo de superarse personalmente en favor de una necesidad colectiva imperiosa de su inercia puramente animal, entonces sólo aquél que está de antemano preparado, será el único que pueda triunfar.

Corresponde a las minorías tomar total conciencia de los intereses generales de la especie y entrenar a la masa del pueblo en ese sentido, que es el de la necesidad colectiva, como heredero y como ascendiente, como creador y mediador, como juez y legislador, es el Partido quien ha de superar y hacer superar esta indecisión y conducir al pueblo a su meta.

Esto crea la obligación para el hombre del Partido de interesarse constantemente en las tradiciones, en los hábitos, en las aspiraciones y en las necesidades de su pueblo, no en la medida en que éste se expresa espontáneamente, sino en la medida en que él Partido las expresa, piensa y prefigura.

El Partido debe mantener contacto permanente con aquello que es positivo para su pueblo, del cuál es guía y responsable y descubrir todo lo que sea causa de su debilitamiento y decadencia; No se trata de contacto físico, de una adaptación pura y simple, sino de una crítica permanente y aguda, de un intercambio activo y creador que dé el fermento del progreso racial, de la selección, de la crisis permanente dentro del carácter de todo el pueblo. El hombre del Partido en perpetua inquietud es el precursor del devenir constante del pueblo y de la Raza; su vida es el rechazo constante de la norma de vida que es suya y de su pueblo. Debe ver a cada instante más allá del estado actual, el fin nuevo, la conquista nueva, el tipo nuevo que ha de realizar. Recibiendo en sí mismo la expresión de su pueblo y de su Raza, debe superarla para extraer un impulso nuevo y conducir a su pueblo dentro de un movimiento ininterrumpido de selección dentro de una crisis permanente de parto racial y de revolución permanente. Una vez el tipo alcanzado ese día debe ser visto como un tipo ya cumplido para alcanzar un modelo racial más seleccionado, modelo que su voluntad proyecta y diseña.

No es para el hombre del Partido cuestión de objetivo fijo, de fin en sí, de idea final y permanente. Ya no hay como en las religiones del pasado un tipo eterno a imitar perpetuamente; él deja de concebir que sea posible modelar su vida y su porvenir basándose en tal o cuál tipo humano ya pasado.

Para él hombre europeo nuevo creador de su raza, el fin es un fin que marcha, el modelo está delante y no detrás; su ideal racial cada día recreado no es arbitrario y

exterior, sino que está dentro de la elevación y divinización de la Raza; para él se diviniza - en cierto modo el tipo ideal y móvil de la Raza. Este modelo viviente, perpetuamente increado y constantemente recreado, es la proyección de su voluntad dentro del mundo. Pero el Partido y el hombre del Partido sólo pueden recrear esta meta y este tipo mediante la sumisión total de su vida y de su Moral al imperativo del desarrollo y de la elevación de su Raza: herederos y creadores de su Raza.

Nosotros vimos, sin duda un momento en que los portadores del ideal racial, los creadores de la Raza, han dejado por un instante de ser los conductores de una cultura y de un tipo humano superior; éstos han sido de momento, debilitados y menoscabados por la mezcla de sangres, por el caos social, por el contacto continuo con una escala de valores creada por elementos venidos de Asia o de Africa; su contacto espiritual con los valores negativos les han hecho soportar, de vez en cuando, que otras razas fuesen consideradas como iguales al hombre europeo. Estos valores asiáticos y africanos, adaptados sin duda, al nivel, a las aptitudes y a las necesidades de las razas que los han recibido, no son ciertamente malos en sí mismos, pero, aún siendo válidos para esas razas, son, por el contrario, portadores, para las Razas de Europa de hipnosis y de muerte.

El drama de nuestra época es que los hombres europeos, por cansancio y debilidad, han abandonado el sentimiento de superioridad propio y evidente de su Raza, de su Sangre y de su Cultura; creadores de toda cultura, constructores de toda civilización han aceptado como iguales a aquéllos que, lejos de crear, han destruido las culturas y civilizaciones que han encontrado en la ruta de su expansión.

Los hombres europeos, igualmente, han condenado a sus dioses y su moral para aceptar la fe los pueblos del desierto, sin percatarse que así han provocado la destrucción de aquello, que creó sus valores superiores, la altura de sus ideales y la validez de sus metas.

Los europeos han llegado a veces hasta preguntarse, si los pueblos que durante milenios han estado sumidos en la apatía física y en la negligencia intelectual, en el estancamiento moral y la degradación social, no habrían descubierto en sus “contemplaciones” valores iguales o superiores? Han tenido que soportar los europeos que se desarrolle esta idea contra natura, que los individuos que han imitado su Cultura y su Civilización sean considerados al mismo nivel y tengan la misma importancia que la Raza que creó verdaderamente esta Cultura y esta Civilización. Los europeos han “descubierto” aquello que las otras razas llaman “humanidad cultural”, frente a otros continentes han adoptado la postura de un profesor que desea instruirse sobre la ciencia de sus alumnos, la autoridad del maestro les parece un privilegio exorbitante; además, si esta autoridad debe llegar a ser permanente, los maestros, prefieren retirarse antes que tener que aceptar esta evidencia

En su propio interés los europeos tienen la misión de conservar los valores de los cuales son depositarios y deben, asimismo, rechazar la suposición absurda de que se puede sustituir la cultura tradicional del hombre blanco por la de las razas que en el curso de siglos y siglos han sido inferiores. De igual forma, deben conservar la pureza de su sangre, para que sea garantía de permanencia y desarrollo de dicha Cultura tradicional

Debemos vigilar celosamente la pureza, rechazar toda mezcla, modo de vida, escala de valores y enseñanzas que puedan conducir a la debilidad de nuestra Raza.

Aceptando discutir la evidencia histórica de la superioridad de la Raza blanca, su Raza, el europeo abre las puertas a la desintegración de su personalidad y de su

Raza. La apertura del debate no es otra cosa que la manifestación previa de una duda sobre el valor y la misión histórica de su Raza.

La potencia de la Raza no procede solamente de constataciones culturales razonadas, sino que nace de una voluntad evidente y congénita, es un sentimiento interior de superioridad, una fe en la potencia de la sangre.

La toma de conciencia total sobre la realidad racial conduce y debe conducir al sentimiento consciente de participar en el logro de la forma más perfecta del devenir humano y del mundo mismo.

El mayor insulto que puede lanzarse a la Raza e indirectamente a su propia personalidad es, indiscutiblemente, la duda o la sugerencia opuesta a la idea de la superioridad del hombre europeo, tanto, como creador y legislador, como partícipe de un tipo único, mítico y divino.

Por la herencia del capital racial se desarrolla el sentido de la superioridad absoluta de la Raza, al mismo tiempo que el sentido de la responsabilidad de este aporte hereditario, debe ser transmitido íntegro a la Raza creada dentro de cada hombre.

Podemos resumir en una sola fórmula nuestra concepción: la Raza determina al ser pero el ser inconsciente crea la Raza; la acción es consustancial al ser. La obediencia al imperativo racial se identifica con el conocimiento; así, la raza no actúa en ningún caso fuera del hombre, sino que el hombre puede moverse más allá de la Raza bajo su forma actual. Es solamente así como se expresa la máxima libertad del hombre: en la creación consciente y permanente del tipo racial; es esta creación, es esta libertad hacia lo alto, lo que determina la solución al problema de las relaciones de la Raza y del mundo, de la Raza y del individuo y que determina, por consiguiente, la actitud del hombre europeo frente a otras razas, y a otras sociedades.

El hecho de que las diferentes razas se encuentran en el momento presente, frente a frente y a menudo cohabitan, hacen imposible descartar esta cuestión. Más allá de todas las razas el hombre blanco alza y debe mantener eternamente la llama de una Cultura y de una escala de valores que le pertenecen en propiedad y, aunque no sea válida para otras razas, son las únicas que pueden, elevarla, de su eterno estado vegetativo.

Es bueno, por otra parte no dar a esta última afirmación una interpretación equívoca. Sin duda la cultura del hombre europeo es la única que pueda contribuir de algún modo a elevar el nivel de vida de otras razas.

Nosotros no pretendemos que nuestra concepción del mundo y nuestra escala de valores sea aplicable, o accesible a esas razas. Sabemos y afirmamos lo contrario. Pensamos que esos elementos son, en ciertos dominios, capaces de reproducir y copiar, de modo muy consecuente y para ellos útil las manifestaciones de nuestra Cultura; no es imposible que para adaptarlas a sus necesidades las transformen y mejoren. En este caso, como en los otros, ellos no habrán más que manifestado su falta de empuje para crear a nuestro nivel e influir en nuestro propio desarrollo.

El sentido verdadero de nuestra Raza, que es la iniciativa y la creación, se encuentra opuesta a las aptitudes de otras razas no por odio estrecho o incompreensión de nuestra parte, sino porque nuestras actitudes son las que generan el desarrollo armonioso de nuestra Raza en los mismos dominios.

Es de este modo inútil insistir en qué se diferencia nuestra Raza de las otras y que es lo que la hace un producto único sin que ninguna analogía exterior o sentimental pueda jamás comparársela.

Se nos objetará que no existe en la actualidad la actualidad raza pura; no tenemos tiempo para replicar que existe de hecho en todas las manifestaciones de una cultura absolutamente única y que, es un hecho, está biológicamente presente en la mayoría

de los países europeos; pero si, sobre esta base biológica, también se nos quisiera refutar y acusar de hacer una noción puramente subjetiva, diremos que existe sobre todo, dentro de nuestra voluntad de verla renacer y, replicaremos, además, que es también la voluntad creadora la que crea y define las condiciones de la existencia de la Raza.

La identidad de nuestra representación del mundo y la expresión de nuestra voluntad en la acción constituyen las únicas bases válidas de un desarrollo individual y colectivo en el seno de los pueblos europeos; la proyección de esta voluntad y de este pensamiento en la vida corriente de nuestra época deben recrear, por sí mismas condiciones biológicas de la unidad social y política de sus pueblos más allá de las nacionalidades libremente asociadas del continente europeo.

Aquellos que hablan de federación o de unión europea, de Europa o de unión del continente sin concebir o expresar que esta unión deberá nacer dentro de las aspiraciones más profundas de los pueblos del continente y por la aparición progresiva de la Raza europea y no por la creación de un magma informe de pueblos y razas sin carácter; estos son los que traicionan la Cultura y la cierran el paso al progreso.

En efecto, aquellos que adoptan la idea de la creación de una raza europea sin ver claramente que es necesario para conseguirlo eliminar primero todas las causas de degeneración en el seno de cada comunidad nacional, son los que impiden la verdadera liberación racial del continente.

Toda actitud confusa e indecisa en esté dominio, toda solución que no dé preponderancia absoluta a los mejores elementos producto de una selección de conjunto en toda Europa, no podrá sino atenuar y hacer estéril toda construcción social y política y no hará más que contribuir al declive mas rápido de nuestra Civilización de origen.

Nunca insistiremos bastante sobre el abismo fundamental que debe existir entre la futura Raza europea y las otras razas, cualquiera que sea su aparente nivel actual . De todos modos no nos oponemos de forma negativa, simplemente pertenecemos a una Raza y de ella creamos una Raza mejor y, así, chocamos con otra raza que se interpone en nuestro camino y en nuestro devenir. Nuestro, Racismo, manifestación de fe, de fuerza, y de plenitud no es ni puede ser negativo. Es, en nombre de su devenir, que él aparta aquello que se opone a su futuro.

Hemos admitido y comprendido la unidad de esencia de la Raza y del individuo dentro de la Raza y por consiguiente, la tendencia a, la unidad del mundo y del hombre en la medida en que el mundo se extrajo de un concepto de la voluntad. La meta suprema del racista consecuente es realizar enteramente en una unidad voluntaria su concepción de la Raza, del hombre y del mundo. El centro inmutable de nuestra concepción del mundo es la voluntad, el imperativo de la Raza, tal como se manifiesta fragmentariamente en cada individuo sano.

Habrà sin embargo cierta contradicción en el hecho de querer elevar sobre nuestra concepción de la Raza del mundo y del hombre, una teoría especulativa y abstracta, en cuanto que solo la raza viviente, el hombre viviente en devenir constante son las únicas premisas válidas de nuestra concepción. La voluntad de la Raza se manifiesta en el hombre sano y consciente como un acto concreto y no como una especulación metafísica. Todo debilitamiento liberal de esta concepción no puede sino abrir una brecha y minar la base social del devenir racial; la Raza no puede sobrevivir ni progresar sin la creación constante en la vida, sin la selección sistemática y la elaboración de teorías más o menos intelectuales desvinculadas de la realidad, Tales teorías esterilizantes son simples negaciones sin perspectivas constructivas raciales

o sociales. No negamos que el rechazo en la aceptación de cierta proximidad de razas y ciertas manifestaciones sociales y políticas procedentes de esas razas es bien tentador, sobre todo en la medida que ellas requieren menos esfuerzo. Sin embargo, tales soluciones fáciles no pueden agradarnos; no es la huida la que protege a la Raza, sino el combate; no es la defensiva estéril lo que conduce a la victoria sino, solamente, el combate, el ataque permanente.

Cuando observamos la historia de las migraciones, por ejemplo, y las transformaciones de orden racial, social y político debemos no sólo captar las particularidades orgánicas y analizar la capacidad de combate y virulencia de las razas, presente entre las tropas, también debemos expresar de qué manera y en qué medida el devenir de nuestra Raza las superará y sobrepasará

Por otra parte no se trata de escoger entre los valores admitidos por el adversario los que podrían a primera vista parecer aceptables para nosotros, es decir, no se trata de una elección determinada por comparación con el enemigo, incluso de un valor que parece aceptable -en ese caso no puede ser tenido por tal sino como consecuencia de un error de apreciación momentáneo- por que ello no es la expresión de una realidad. Ningún valor puede ser patrimonio de dos razas, ni de dos especies. En el caso de que esa forma sea parecida, su esencia, por definición, no podrá ser más que contradictoria y, por consiguiente, perjudicial al desarrollo de nuestra Raza.

No se puede, en ningún caso escoger entre valores de otras razas. Esos valores por ser reales en otras razas, son falsos dentro de nuestro devenir. Toda adopción, toda aceptación de un valor no original es un acto contra natura; incluso el valor más próximo a nosotros está mancillado en el fondo por la tara de origen que lo marca.

La diferencia esencial entre nuestra escala de valores, nuestra concepción del mundo y la de otras razas, reside en el hecho de que cada escala de valores se funda sobre el influjo de una voluntad racial bien precisa y altamente característica. Ahora bien la voluntad de la Raza en tanto que es representación del mundo es, a su vez, la ley, la crisis y el juicio de todo acto humano, de toda historia, de toda filosofía y es, por lo tanto, inconcebible que sea accesible a otra raza que no sea ella, si es que esta raza no desea traicionar ni su misión ni su vocación.

Todos los hechos Intelectuales, morales, sociales y políticos, nacen de tomas de posición claras sobre la naturaleza y la voluntad de la Raza, sobre la naturaleza y la voluntad del individuo, en tanto que él ha escogido en su campo, ser legislador y creador de la Raza.

No es posible admitir que la colectividad social, cualquiera que sea, pueda encontrarse siempre protegida de debilidades y de compromisos, de tendencias al abandono y a la decadencia, porque la formulación mas rigurosa y la vigilancia más grande son requeridas de cada uno, a medida que su cargo sea más importante

Una sola forma de sociedad puede garantizar el retorno automático a la salud racial y a la obediencia al imperativo de la Raza; es la sociedad en la que la Ley corresponde lo más posible a las necesidades de la Raza. No se trata para el hombre de aceptar o rechazar esta Ley, ni tan siquiera obedecerla pasivamente; por el contrario, en la medida en que ella corresponda a su propia necesidad; es como se alzaría como paladín de la misma y se identificaría con ella. De su actitud deviene un estado constante de oposición a todo valor extraño a la Raza; un estado de tensión constante y de militancia, en tanto que él es creador de esta Raza y heredero de su imperativo.

Ahora bien, el hombre nuevo no emerge a un mundo o a una sociedad donde es el dueño absoluto de un dominio solo a él reservado, donde la oposición vendría solamente del exterior; no se encuentra en un espacio virgen que podría poblar de su

concepción política, social y cultural; por él contrario, su propio espacio está cubierto por una vegetación parasitaria considerable producto de todas las razas que le rodean y además, en su propio seno, por la mezcla de sangre anterior a él, se le han introducido aspiraciones que le son extrañas y debilitantes.

Si hablamos de una nueva Raza en devenir permanente no podemos imaginar que esta se cree espontáneamente. Tal espontaneidad haría inútil la organización y el Partido. Se trataría de casos individuales y colectivos de perfección que la Historia humana no ha conocido. Es, en todo caso, inconcebible, dentro del estado actual del desarrollo humano.

No podemos, por consiguiente, descuidar el estudio sistemático de la Historia de las Razas superiores de Europa, ni la preparación metódica individual elaborada colectivamente en el seno del Partido y del pueblo. Así el Partido actúa como factor subjetivo del pueblo y de la Raza.

La enseñanza racial será así compuesta de nociones familiares y conocidas, pero deberá también implicar la profundización en los valores enteramente nuevos y revolucionarios, valores de choque y de crisis.

La religión de la Raza no es ni sumisión ni obediencia, sino herencia y creación permanente. No es la respuesta a una consigna o a una disciplina exterior, o a un dogma misteriosamente justificado, establecido o “revelado”, sino la brusca toma de conciencia de una realidad reencontrada, de un criterio que fue un imperativo en los tiempos en que dentro de las sociedades nacientes la jerarquía espontánea de la Raza se estableció. Es el retorno a la toma de conciencia de un sentimiento que siglos de sumisión a los dogmas de religiones negativas, de corrupción falsamente igualitaria, de humanitarismo vacío habrían sofocado y algunas veces casi destruido.

La primera tarea será entonces denunciar la fragilidad de este barniz, desenmascarar la parodia inmundada que bajo el pretexto de “amor a la humanidad” aniquila en el hombre lo mejor de sí y le priva de todo lo que sería su fuerza y su valor; sea necesario denunciar sin cesar la amenaza que pesa sobre la Raza, que es necesario volver a hacer total y pura de toda hipocresía falsamente moral. Será necesario denunciar todo aquello que podría restringir el orgullo victorioso que debe habitar en cada uno, aunque se sienta poco heredero y continuador de una Raza de conquistadores, de legisladores y de creadores.

Será necesario, en fin, reunir las energías esparcidas, los miembros dispersos de un gran cuerpo racial perdido y que se reencuentra.

Participación voluntaria en la creación del hombre nuevo en el seno de la Raza nueva; adhesión espontánea al cuerpo popular y racial; participación constante en el Partido y en el devenir de la Raza dentro de su voluntad, tales serán los deberes de aquellos que en nuestra época osan oponerse a la decadencia general, al rebajamiento progresivo de su Pueblo y de su Raza. La toma de conciencia de esta necesidad es el primer paso dentro de la senda de lucha del hombre europeo que vuelve a izar la bandera de su dignidad y de su civilización.

SOCIALISMO Y RACISMO

La civilización que hemos convenido en llamar Occidental, no ha nacido con la aparición de una religión o con el comienzo del resplandor de una ciudad, sino, verdaderamente, con la aparición de una Raza superior que desde entonces, a causa de su aspecto externo, es llamada Raza Blanca.

En el momento histórico en que retrocedían las primitivas razas amarillas o negroides, que hasta entonces habían ocupado nuestro continente europeo, el hombre blanco aportó ya su incuestionable superioridad intelectual y técnica como, asimismo, las formas más desarrolladas de su arte. La expresión conjugada de su superioridad técnica, de su inteligencia y de su sentido de las bellas formas son tales que, desde ese momento, se puede hablar, casi, de una intelectualidad blanca relativa a sus contemporáneos

Sin duda, ciertas etnias de esta Raza magnífica han podido sufrir el mestizaje, degenerar y desaparecer; sin embargo, otros grupos del mismo origen, y que se encontraban preservados, aseguraron siempre el relevo y la subsistencia de lucha en lucha, de migración en migración. A través de los siglos se encuentra siempre la presencia activa de una Raza superior que representa un tipo físico y moral bien definido. Gracias a esta Raza, la antorcha de una Civilización pasó desde el mundo histórico hasta nosotros, herederos responsables de sus legados.

Hubo épocas en que la pureza de este tipo extensamente expandido en todo el continente, sin vecindad inmediata de razas menos desarrolladas y menos elevadas, no tuvo ningún problema de defensa, ni de unidad. Hubo por el contrario, otras épocas en que esta Raza superior ya no se encontraba sola en las vastas superficies europeas, sino que los movimientos de invasión, aportando la mezcla mas o menos fluida de sangres, trajeron, al mismo tiempo, la división y la parcelación territorial. No obstante, en los momentos de descenso como en los de elevación, el genio de la Raza Blanca mantuvo la superioridad de su nivel sobre todas las otras.

Se tratará de oponernos, como argumento, la vieja existencia de una civilización amarilla en china, por ejemplo y se nos indicará que los chinos habían resuelto ciertos problemas sociales mediante la nacionalización y el cultivo común de la tierra 600 años a. C., compartiendo el cultivo personal con el cultivo del “Koljoz”, lo que conduce a ciertas comparaciones. Sin embargo, un estado de guerra civil constante, hizo de su historia una serie de largas convulsiones, donde cada movimiento se manifestó por algunas centenares de millares de cabezas cortadas. Se puede concluir con cierta razón que su ineptitud para un gobierno y una organización estables, es la prueba, junto a ciertas capacidades técnicas, de su incapacidad en el dominio de la organización social.

La similitud de sus reacciones frente a problemas, como el de la organización agraria permite también, por otra parte, encontrar razones raciales a ciertas manifestaciones “políticas y sociales” de nuestra época. Por el contrario, mientras las cabezas chinas —caían por millares, en los confines de la China, en sus guerras civiles renovadas sin cese, la Civilización Helénica, la Civilización Romana, por no citar sino las próximas a nosotros, brillaban con un resplandor particular.

Aquellos pueblos que los griegos y los romanos llamaban “bárbaros” habían alcanzado un grado de civilización mucho más elevado que China; esto es tan verdadero, que todavía su organización política y social es capaz de inspirar nuestra política moderna.

También el comparar las filosofías chinas con las nuestras, cuando aquellas no son sino la teoría de gimnasias físicas tendentes a un estado estático, o, más bien, la copia mal asimilada de las filosofías de la India Aria.

Al mismo tiempo, los filósofos más puros de Grecia, había aparecido ya - Platón, Aristóteles, Heráclito, Pitágoras, etc. donando al mundo Blanco las premisas de los sistemas actuales.

Desde entonces, cada retroceso del mundo, de la Civilización en Occidente, ha coincidido con el avance del mundo oriental o africano, ha coincidido con una

penetración de las razas inferiores y de la mezcla de sangres, esta mezcla que siempre se tradujo inmediatamente, en un retroceso social importante en todos los aspectos.

En el apogeo de la cultura griega, el genio de la Raza Blanca inspiró a Platón la primera de las doctrinas socialistas la concepción de un Estado unitario y Socialista y una crítica de los principios de propiedad que aún hoy no están completamente dirimidos.

En los tiempos en que la cultura romana llega a su cumbre comenzó a caminar por la vía de la decadencia, como consecuencia de los aportes asiáticos. Julio Cesar, amigo y adherente al complot de Catilina, vuelve hacerse cargo de las principales leyes y reivindicaciones sociales de su tiempo e imponiéndolas al Imperio, cimenta las bases del primer Estado social de forma dictatorial de Occidente.

Por consiguiente, periódicamente el pensamiento occidental se alzó frente a la anarquía de Oriente, frente a una comunidad de miseria predicada tanto por los amarillos como por los semitas y bajo formas ligeramente diferentes, alza también la idea de un Estado poderosamente unido y responsable, asegurando a todos sus miembros los derechos a una libertad y a un nivel de vida material e intelectual, únicos en cada época.

Esta es la historia del desarrollo del pensamiento socialista que, como manifestación del genio de la Raza Blanca, habría que escribir. La aptitud de la Raza blanca para unir el orden más riguroso con el Socialismo más popular, dentro del gobierno del Estado, es una característica de dicho genio.

Hasta hoy, cada vez que Occidente se ha logrado unificar alrededor de un pensamiento social venido del fondo de su genio, una nueva ola de invasiones llegadas de Africa o del Oriente, ha tratado de romperla por la doble acción de la fuerza y de la mezcla de sangres. Es necesario destacar, por otra parte, que la mezcla de sangres por la vía pacífica es la que rompe la cohesión como fue el caso de Roma y Grecia, sin que sea necesaria la intervención de la fuerza.

Cada vez que por esos medios fue rota la unidad, una nueva era de anarquía política comenzó; el nivel de vida material y espiritual de los pueblos retrocedió otro tanto. No es solamente la anarquía, en sí misma la que rebajó este nivel, ni las consecuencias de guerras civiles o externas, sino la aparición de teorías sociales extrañas a la concepción de Europa, y que negaban la importancia de las realizaciones sociales, concepciones que predicaban el abandono y el desprecio de los bienes que sustituían a la organización social por una caridad arbitraria e impotente.

Es así como Grecia, se hundirá menos por los golpes de los Medos o de Alejandro, que por la venida de millares de orientales que, deslizándose dentro de la falange macedonia, quebraron la unidad racial y popular e introdujeron sus filosofías y religiones negativas.

De igual forma, Roma no se hundirá por los golpes de los Germanos, más, bien por los golpes de Spartaco, y sus semejantes -judíos y esclavos-, que predicaban, la igualdad de las razas y de los hombres, el desprecio de los bienes de este mundo, del mundo social, en una palabra.

Cuando más tarde la Iglesia toma en sus manos ciertas realizaciones sociales, fue en la medida en que la invasión e influjo de los pueblos europeos, la liberó por la fuerza de sus orígenes semíticos.

El “genio latino” del que habla Maurrás, habría sido letra muerta como ocurre en ciertos lugares del Occidente actual, si la nueva sangre de los “bárbaros” no la hubiera purificado y animado; dicho “genio latino” habría muerto si los pueblos aún

sanos de Raza no hubieran introducido su espíritu de empresa, de conquista y de combate.

No es casual que los “grandes Papas” que tendieron hacia la unidad de Occidente portando su voluntad de conquista y de combate alertan al pueblo llano a exigir sus derechos. No es casual tampoco que éstos hayan sido francos o normandos y que uno de los más grandes fue Hildebrando y saliera de Cluny.

No es tampoco casual que los Emperadores de Occidente vieran sus imperios desplomarse más por los golpes de las invasiones orientales y de ideología semítica, que por el peso de sus errores o de revoluciones internas.

El espíritu de la Raza europea, espíritu de orden, de jerarquía y unidad al mismo tiempo que espíritu profundamente social, debió, en toda época del desarrollo de Occidente, oponerse al espíritu de anarquía comunizante del semita.

Hoy en día, que es posible al fin conocer las verdaderas causas de decadencia y división entre los pueblos, tenemos el derecho de descubrir todo lo que el genio de la Raza Blanca puede y debe aportar aún a la civilización, de orden, de progreso y de desarrollo armonioso para las realizaciones sociales del pueblo y de la Raza.

Es necesario subrayar que todo pensamiento socialista ha salido de Occidente, en tanto que el espíritu del semitismo no ha sido más que un factor de falso igualitarismo, de orden, división, envilecimiento, social y humano.

Nosotros tendremos que resolver los problemas de la unidad racial, social y popular de Europa, al mismo tiempo que el problema político y social, propiamente dicho, de la unidad socialista. Cada vez que hablemos de la Raza o de la política, cada uno de los problemas se resuelve solamente por el otro

Remontándonos a los orígenes de nuestra Cultura y de nuestra Civilización, podremos expresar cual ha de ser la concepción más conforme a nuestras tradiciones y necesidades y diremos cómo el Partido debe ser el portador de esas tradiciones y de esas concepciones adaptándolas a las necesidades de nuestra época.

Representante de un ideal positivo, unitaria, y socialista, ligado a una historia y a un desarrollo racial determinados, ¿podrá, nuestro pueblo liberarse de la hipoteca que siglos de abandono y de decadencia hacen pesar sobre él? Podrá dicho ideal racista y socialista imponerse en una nación que desde hace mucho tiempo ha perdido de vista su rol y su dignidad primordial?, SI, si nosotros estamos prestos a devolver poco a poco sus características, específicas y a mejorarlas.

¿Marchamos hacia el aislamiento de una minoría racial que deberá, durante décadas mantener alumbrada la antorcha del progreso y tenerla fuera del alcance de manos malélicas?.

¿Vamos, por el contrario hacia un renacimiento de Los pueblos de Occidente, dentro de la comprensión armoniosa del rol de cada uno y hacia la unidad reconquistada?.

Sólo nuestra acción incesante nos permitirá responder a estas preguntas.

La solución de estos problemas está ligada a nuestra propia capacidad de organización de las fuerzas renovadoras y en nuestra aptitud para recrear la nueva élite que será capaz de transportar nuestros principios al pueblo y al Estado.

A nosotros se nos presentarán, a partir de ahora los problemas de la organización de la vida pública y de la educación de la juventud. Al lado de estos problemas que son inmediatos, existen otros apenas menores y qué son aquellos de la civilización y del lugar que daremos a la comunidad étnica que representamos. Sabemos que nuestros pueblos pueden tener un lugar importante y ser un factor dirigente de la historia de la raza Blanca y por consiguiente, de la historia de la humanidad entera.

Porque somos y deseamos ser de nuestra época, tendremos que ver cuales son los problemas que comportan la “distorsión” de los movimientos socialistas por los

judíos -que le han inculcado teorías extranjeras- y el problema que comporta la división de Europa en las circunstancias actuales. En fin, veremos qué tareas nos impone la pertenencia a una Raza superior, hoy en día.

Es por esto, por lo que tendremos presente en el espíritu que somos el producto de una larga evolución que nos transmite un patrimonio bien determinado.

No olvidaremos que como socialistas no podemos estar desligados de los grandes precursores del pensamiento socialista tales como: Platón, Tomas Moro, Proudhon, Blanqui, Sorel, y así llegamos a la época del desarrollo científico, que hace posible reconciliar lo que parecía irreconciliable: las teorías aristocráticas de Gobineau, Chamberlain, Vacher Lapouge, Nietzsche, con las teorías de los maestros del socialismo, gracias a los estudios más recientes de las leyes biológicas.

Nos será posible, entonces, reconciliar al pueblo con su élite, y decir a este mismo pueblo “hay que actuar”, al mismo tiempo que los hombres del Partido dirán y tendrán derecho a decir: “quiero”. Será posible poco a poco que el pueblo se funda y se confunda con el Partido progresivamente y pueda llegar a decir, a su vez: ”quiero”, sin perjuicio del imperativo racial que lo determina. porque habrá tomado conciencia de ese imperativo.

Reconciliando al pueblo consigo mismo, reuniendo a los trabajadores intelectuales y manuales y confiando a cada uno la tarea que le reserva su propia valía, tendremos la oportunidad de crear una nueva unidad basada en una nueva conciencia y podremos decir a cada uno: ”Es tiempo de reencontrar tu orgullo original, tu fuerza y tu salud. Tú debes superar la triste humanidad de nuestro tiempo para crear un hombre nuevo; más

allá y por encima de ella no tengas compasión ni pena; los viejos dioses están muertos”. Habrá nacido un hombre nuevo, nacido de nuevas medidas y con la posibilidad de realizar su destino y su obra.

Estos son los orígenes de los movimientos socialistas que han puesto delante de nosotros, los problemas de la unidad de una manera imperiosa: la unidad del mundo y su propia unidad como movimiento: para reformar este mundo reunificado por el Socialismo.

Ahora bien su nacimiento no está ligado a las mismas causas ni ha conocido los mismos métodos ni medios. En cada país su unidad estuvo de este modo amenazada desde su nacimiento. Los diferentes grupos han nacido bajo el impulso de necesidades inmediatas y no ideológicas; variables según el desarrollo social y técnico de cada región; variables según los niveles de los grupos étnicos que los constituían.

Esas necesidades impusieron a los grupos socialistas, métodos diversos. De la justificación de esos métodos surgieron teorías diversas. Así en el plano ideológico, incluso en el caso en que representaban problemas absolutamente idénticos, cada etnia racial expresó sus necesidades y organizó su propio socialismo, en forma diferente. Más ordenado en los países nórdicos e Inglaterra; sufriendo más netamente la influencia semítica en Alemania; enteramente semitizado en Rusia y con formas múltiples, debido a la inestabilidad y a la mezcla racial, en Francia e Italia.

De este modo, desde el nacimiento de la 1ª Internacional, la división profunda estalló, y en la 2ª Internacional, la división se manifestó con agudeza aún mayor y cada grupo fue llamado al ejercicio del poder en sus diferentes países.

Será, sin embargo, un error el tratar de estudiar el socialismo solamente a través de las internacionales, las cuales no fueron, hablando con propiedad, sino fragmentos de socialismo.

Las Internacionales fueron empresas destinadas a canalizar y a desviar de sus verdaderos objetivos, las tendencias profundas y socialistas de los pueblos europeos. La voluntad de unidad y disciplina fue lo que les llevó a desear esas organizaciones; pero el pueblo no deseaba confiar la dirección de esas organizaciones a elementos extranjeros a la Raza europea.

Al lado de la necesidad para un proletariado naciente y explotado, de dotarse de organismos de combate y de defensa, el análisis del desarrollo histórico por los teóricos de la Raza Blanca, condujo a estos últimos a trazar las bases de una concepción del mundo más acorde al equilibrio humano, a la naturaleza y al genio de las Razas europeas. Esta última influencia, que hizo concordar cada desarrollo conceptual a cada grupo racial, fue el origen de diversas teorías en los comienzos, más que las condiciones económicas dispares de los grupos europeos.

Así pues, al mismo tiempo que la organización de combate, la organización socialista fue, desde sus comienzos, organización de pensamiento y de educación. Al lado de los movimientos puramente materialistas-socialistas, nacieron los movimientos socialistas esencialmente idealistas, entre los cuales, los anarquistas, sin lugar a dudas, son los representantes auténticos de nuestra época. El hecho de que se hayan apartado de su meta primitiva y de su verdadero origen no puede en nada modificar nuestro punto de vista a este respecto.

El hecho de que la Banca Judía internacional y después el Estado Soviético financien abundantemente las Internacionales (dirigidas por judíos), no ha servido para nada a la unidad del socialismo, no obstante su rápido crecimiento, poniendo a su disposición los medios económicos y de todo tipo que los grupos socialistas no podían reunir a través de sus militantes, es decir, mediante el fruto de su trabajo. La financiación fue su factor de crecimiento.

Por otra parte los judíos adinerados han, igualmente, marchado alineados con la Banca Judía mucho más que sus compatriotas socialistas lo que motivó el estancamiento de los movimientos, que permaneciendo nacionales fuera de las internacionales seguían siendo socialistas.

El desarrollo de los acontecimientos científicos y notablemente de la antropología y biología, habrían podido y debido conducir a la atenuación de las divergencias de origen, permitiendo la unificación de las bases doctrinales de los diferentes socialismos nacionales. Sin embargo esta unificación no se hizo realidad y fue solamente la guerra de 1939 lo que hizo tomar conciencia a numerosos socialistas de la realidad nacional y racial y, a su vez, tomar conciencia a numerosos nacionales, de la realidad social, lo que permite una mayor capacidad de maniobra entre los pueblos europeos a nivel de movimientos políticos y de capas sociales, inclusive. Así se establecen nuevas relaciones de raza a raza, de gobierno a gobierno y de grupo a grupo. En lo sucesivo

de una cierta unidad de todo Occidente, vuelve a ser sensible, al mismo tiempo que la idea de una nueva unidad del socialismo occidental sobre la base de los parentescos raciales, aparece como la idea más capacitada para preparar un nuevo reagrupamiento de los pueblos de Occidente.

La división continua de los movimientos socialistas en su forma moderna, parece un problema insuperable, teniendo en cuenta que ha sido mantenida por los teóricos— a menudo judíos— y por arribistas de todas las raleas. De aquí viene la actual situación que no es la ebullición del ideas en el seno de los socialismos de occidente, sino más bien de su debilidad ideológica y de la impotencia en que se han encontrado para superar la falta de un programa conjunto. Este mal vino del hecho de que nadie había atinado a concretar doctrinalmente las razones profundas y reales

de sus divisiones continuas, ni los motivos, ni la justificación de la unidad desde el punto de vista de los datos esenciales del programa.

Periódicamente nacen en efecto, dentro del socialismo occidental, grandes movimientos tanto de tendencia sindicalista como de tendencia puramente política y que han tenido la pretensión de despertar y renovar el socialismo europeo. Cada uno de ellos no ha obtenido como resultado más que el escindir aun más el socialismo, faltos de encontrar un alma y un razón de ser. La voluntad expresada por los “renovadores” de regresar, unos a Marx, otros a Proudhon o a Jaurés, no han sido más que las manifestaciones de su incapacidad para crear por sí mismos la gran corriente socialista que reincorporándose las tradiciones más puras del socialismo occidental se adaptasen al nivel de nuestro desarrollo técnico y a las necesidades dominantes de las razas europea.

Sólo la conmoción causada en el mundo por el advenimiento del Socialismo Alemán bajo su forma racista, en 1933, condujo a un cierto número de teóricos a revisar varias de las consignas de base de sus programas y de sus doctrinas. Sin embargo no fueron lo bastante originales para digerir la lección y repensarla.

Del mismo modo que, ellos hablan seguido a Marx o a Rusia o a Jaurés, se engancharon al remolque del Nacionalsocialismo, sin comprender que este no hacía sino lo que correspondía a las necesidades de un cierto grupo racial y que podía, tal cual aplicarse al Occidente entero; el sentimiento oscuro de esta insuficiencia y de esta impotencia, carencia sin embargo habitual, hace posible la multiplicación de programas y de organizaciones. Varios movimientos y corrientes paralelas a menudo contrarias entre sí, se reparten una vez más al pueblo francés. El hecho de la “ocupación”, que incitó al ocupante a dividir o a agudizar las divisiones que le podían ser útiles, no pudo, evidentemente, facilitar la tarea de necesaria clarificación ideológica. El resultado más claro de esta situación fue que el socialismo semita de las Internacionales 2ª y 3ª tomó la ventaja en todos los dominios de la política occidental, a pesar de las tendencias espontáneas, completamente contrarias al semitismo, de amplias capas populares de Occidente, las cuales todavía esperan la orientación y la doctrina que les falta.

Se podría preguntar por qué los franceses cuyas tendencias a la unidad han sido siempre profundas fueron el primer pueblo en encontrar la unidad nacional, hayan aceptado también fácilmente las escisiones dentro del movimiento socialista. Se trata sin duda de que para los franceses, ni el principio de la unidad ni el principio de la autoridad, deben subordinarse al orden organizativo y les parece posible, siguiendo una consigna famosa “marchar separadamente para golpear juntos”. Lo que no concebiría, naturalmente, ni un alemán, ni tampoco un inglés.

Al pueblo francés le parece lógico seguir aquello que él cree, en lugar de seguir con disciplina a una organización en la que aunque no aprovechase todas las consignas, pudiese influir eficazmente desde el interior. Su preocupación de lo absoluto y de la claridad le hace exigir posiciones tajantes y no medidas previsoras que permitirían, sin embargo, conseguir resultados tangible más rápidamente.

La tarea inmediata de todo socialista consecuente es, entonces, responder inmediatamente y de manera clara, totalmente a los problemas expuestos y despejar, principalmente las grandes consignas permanentes que, resolviendo de una vez por todas las preguntas pendientes, permitirán captar masivamente corrientes diferentes de un socialismo nacional francés consciente de su europeidad y ligado a los diferentes movimientos similares de Europa.

Es inexacto e injusto decir que la división es el resultado de un individualismo excesivo, dentro de los franceses, o el fruto de principios críticos imprudentemente

introducidos en la doctrina socialista. Nunca, en efecto, las teorías socialistas occidentales han pretendido que es mejor estar solos, antes que aceptar una divergencia en el seno de la organización. Solo los semitas han podido erigir esta fórmula que les favorece y apoyándose sobre el deseo de lo absoluto de los occidentales, han estafado así una de las tendencias más puras.

Realmente, cuando observamos la historia de las escisiones múltiples del movimiento socialista bajo su forma no semita, constatamos que su frecuencia es debida, sobre todo, a la coexistencia, dentro del. Movimiento de principios que ha recibido del marxismo, junto a otros que le pertenecían en propiedad. Esta coexistencia antinatural es la que forzó las escisiones.

Socialismo Nacional, sea sindicalista o político, sea racista o no, inmediatamente ha aplicado este principio esencial que la realidad sustancial del socialismo no es de esencia organizativa, sino doctrinal, y que se caracteriza no por el aumento del nivel de los salarios del número de delegados de la empresa, más bien por una concepción nueva del papel del hombre en el mundo y en la sociedad. Esta misión, para la creación de un hombre más sano, más completo, más responsable, entraña según su concepción, una renovación social. Pero al socialista le ha costado mucho tiempo comprender; si es que lo ha comprendido que esta concepción doctrinal puede sufrir ciertas interpretaciones de forma o detalle, a condición de que la línea fundamental y las grandes normas sean respetadas y mantenidas. Aún no se ha comprendido que la calidad del militante no puede estar ligada solamente al cumplimiento de actos exteriores de propaganda política, sino a una militancia profunda, a una reforma individual, que erige a cada uno de ellos como modelo y ejemplo.

Muchas escisiones han sido provocadas por el autoritarismo doctrinal, no en las cuestiones fundamentales, no en las cuestiones de aplicación de detalles, sin ver que sólo cuenta la unidad de combate de los militantes, teniendo sobre los grandes problemas una misma orientación y aceptando en su vida personal las consecuencias de esta orientación general.

Se trata para nosotros, no de realizar una unidad formal sobre una consigna inmediata de aplicación, sino la unidad profunda sobre las formas generales de la orientación personal y doctrinal; las diversas formas o modalidades de aplicación pueden concurrir hacia él mismo fin si una disciplina de organización, bien flexible permite las realizaciones prácticas inmediatas

Destacamos, que después de 1945, una tendencia precisa a la unión se manifiesta en los movimientos que la guerra y sus consecuencias han condenado a la desaparición. Es así como los mejores hombres los más desinteresados de los movimientos nacionales y socialistas, han buscado dentro de una fe evidente, acercarse y colaborar. De modo que asistimos a un movimiento exactamente inverso de aquél que ha esparcido a los socialistas de finales del siglo XIX y principios del XX. Que falta la doctrina definitiva que le dará cohesión, no hay duda, en Francia al menos; pero el hecho de la unión de diferentes tendencias, debe permitir una elaboración doctrinal más activa. Así se cumplirá la tarea que los organismos dispersos no han podido llevar a cabo, ya que aparentemente los elementos de la doctrina están ya reunidos.

Se puede encontrar una razón a esta tendencia a la unificación, en el hecho de que las clases han visto esfumarse los antagonismos que los movimientos socialistas semíticos habían sustentado sistemáticamente. Los “capitalistas” nacionales parecen, en muchos dominios, tomar un poco más de conciencia de sus deberes sociales y los militantes socialistas aprecian más justamente el papel de dirección y

de organización del capitalista, cuando éste último queda ligado a su empresa y trabaja realmente.

Así se llega a una concepción más armónica del rol de cada uno y en el conjunto doctrinal la idea de la unidad nacional y racial, fuera de antagonismos y consideraciones de clase, ha hecho progresos evidentes. Al mismo tiempo, esta idea crea un sentimiento más claro de solidaridad entre miembros de una misma comunidad popular, desarrolla la voluntad de las realizaciones sociales y la comprensión recíproca. Esto es lo que explica la atenuación de las divergencias de clase y la posibilidad inmediata de un socialismo que sea también nacional.

Si esta situación no es captada, será evidente que los antagonismos volverán a surgir. Si el Partido Socialista de la Unidad Nacional y Racial no puede ponerse a realizar un programa de educación y de construcción socialista y racista, la lucha de clases a pesar de su tendencia a desaparecer por el hecho del progreso técnico, será prolongada y endurecida por un tiempo imposible de predecir. Pero la tarea inmediata es la creación de un cuerpo de doctrina suficientemente preciso y completo, para que la educación individual de todos los miembros de la comunidad impida, en lo sucesivo, escisiones o les haga ineficaces.

Se trata, en lo sucesivo, de reunir los elementos esparcidos y realizar la síntesis. Estudiando toda la historia del socialismo, se concluye que es solamente en los momentos de torpeza intelectual individual en que el estudio y la adhesión personal ceden su lugar al seguidismo de organización o de una persona, cuando las escisiones se produjeron más fácilmente. En efecto, si el papel del jefe se cambió tanto que pidió, una obediencia pasiva pura y simple y en la que el menor error personal no pudo ser discutido, éste se quedó solo, falto de una adhesión más profunda, basada sobre el estudio y la educación política, lo que entraña una adhesión y una obediencia sincera.

No es verdad que el principio de escisión sea inherente al pueblo francés, o a la doctrina socialista, si no, sobre todo, al hecho de que cada teórico se ha abocado a tener una visión fragmentaria del socialismo, en lugar de crear la doctrina conjunta ya que sólo ella puede permitir la unidad de fondo diversamente expresada en la forma.

No es la doctrina sino la insuficiencia doctrinaria; no es la discusión sino la discusión superficial lo que ha entrañado las escisiones vayamos así al fondo del problema y extraigamos algunas verdades fundamentales de la doctrina y sus necesidades y en lo sucesivo toda escisión será evitada. El militante mismo estará mejor armado para juzgar la sinceridad del jefe que le ofrecerá una tendencia “nueva” por la escisión; el militante estará en estado de evitar una división tal y preferirá romper con el jefe en cuestión que con la unidad indispensable del movimiento y del pueblo.

Así, en la medida en que el militante sepa responder a todas las preguntas, resolver todos los problemas y ser verdaderamente unitario, el socialismo realizará las condiciones de la fidelidad individual, única condición de la unidad. En la medida en que sepa afirmar sus propios principios, sus métodos particulares, el Socialismo Nacional será verdaderamente nacional y unitario. Es necesario que sea él mismo el encargado de ubicar su responsabilidad personal y su deber propio en todo militante nuevo, frente a la necesidad que el Partido se impone de darse por entero a la causa de su pueblo y de su Raza.

Esta actitud es la que permite combinar la absoluta libertad de cada uno con la adhesión personal profunda.

En, la medida en que una comunidad espiritual se establezca entre el militante y su raza, así como entre el militante y su Partido, expresión de la Raza y del pueblo, la unidad será salvaguardada y asegurada. La unidad no debe ser buscada en una atenuación de tal o cual posición doctrinaria o para evitar tal o cual susceptibilidad sino en el examen total y profundo de todos los problemas, en una acentuación y profundización del estudio en su aplicación franca y sistemática.

A la luz de los acontecimientos de 1939—1940, el socialismo parece haber comprendido que la cuestión de la unidad del movimiento en Francia está ligada íntimamente a la unidad de los movimientos de Europa. En la medida en que el Socialismo Nacional francés resuelva sus propios problemas, contribuirá a aclarar los problemas de la unidad de Europa y del mundo, mediante su prestigio del Imperio.

Los pueblos coloniales soportan, en efecto, con más y más impaciencia, el peso de una dominación la cual no llegan a comprender el sentido, puesto que los pueblos blancos no parecen capaces de organizar entre ellos, ni la paz ni la guerra, ni tampoco realizar la armonía que a ellos les parecen idénticas en su esencia. Parece que en estas circunstancias los pueblos blancos no saben dirigirse ni entenderse. Sin embargo se atreven a mostrarse como modelos y a comportarse como amos. Estos pueblos blancos se muestran más animados cuando los coloniales les dan derechos excepcionales y les llaman para constituirse en verdaderos árbitros de sus querella externas e internas.

Es hora ya de reconquistar para el Socialismo, por la toma de conciencia de las necesidades raciales y nacionales, de una unidad y autoridad que son las condiciones básicas de nuestra supervivencia y del mantenimiento de nuestra dirección moral y material. Es evidente que cuando realicemos el trabajo de unificación de las fuerzas socialistas y nacionales nosotros chocáremos con las fuerzas internacionales semitas existentes ya que estas no aceptarán ver sustituida su noción de partido internacional (declarado explícitamente en la 3ª Internacional y virtualmente en la 2ª) por la noción de partidos esencialmente nacionales, uniéndose por la vía de la representación mutua y de negociaciones por afinidades raciales, en una verdadera Federación de Partidos y Estados Socialistas y Nacionales. Será difícil igualmente, hacer aceptar a dichas organizaciones, dirigidas como están por semitas, los principios de Nación y de Raza, así como los principios de selección y jerarquía.

Tendremos que luchar sistemáticamente por la unidad de las organizaciones que aceptan ya las grandes líneas de nuestra concepción, y por otro lado, por la unidad con las individualidades de las grandes internacionales que aceptan estos mismos principios. Es posible así que grupos enteros de las internacionales vengan a nosotros, pero no creemos, naturalmente, que estas secciones de la Internacional puedan pasar sin usar la fuerza es decir, por decisión de organización, hasta el plano teórico en que nosotros nos ubicamos. Ellos no podrían aceptar una unidad orgánica que sería la confesión. abierta de su derrota pragmática. La adhesión no será entonces mas que individual, en su mayor parte.

Por otra parte, el hecho de que pidamos a cada uno estudiar y que nosotros damos los medios, nos da la seguridad de que las viejas teorías deben en un plazo no demasiado largo, hundirse y desaparecer. Al imperativo de la “línea general”, impuesta por el bureau político” de la U.R.S.S., nosotros oponemos la adhesión profunda de cada uno, no tanto a un partido, sino a una concepción de la vida y del mundo.

La organización debe ser un Partido fundado en el contacto personal con el alma de la Raza. A cada uno decimos, siguiendo una frase célebre "Llega a ser lo que tú eres" y le pedimos que si su virtud y su elección llevan el mismo nombre y tienen el mismo sentido profundo que la virtud y la elección de su vecino, no es la misma virtud ni la misma elección, sino algo diferente que le pertenece en propiedad y que no es igual a la de los otros. A cada uno de los miembros del Partido enseñar esta palabra que la democracia ha proscrito de su vocabulario: "YO SOY" y "YO QUIERO. A cada uno, cuando haya conquistado esta posición moral nueva para él de "yo soy", esta conciencia de su valía en calidad de miembro de la Raza, le diremos que todavía este valor no es suficiente porque es sólo la manifestación de la herencia recibida. Más allá de él mismo, más allá del "yo soy", cada uno debe conquistar para la Raza un valor nuevo; superándose él mismo, debe crear para su generación y para los milenios venideros, una emoción nueva, un valor nuevo.

¿Qué deseará aquél que es el mejor en el seno de una humanidad degradada disminuida y degenerada? Ese no será más que el más grande de los degenerados y de los enanos en nuestra sociedad.

El hombre que nosotros deseamos crear no es aquel que va delante de una humanidad tal cual es ahora; más bien aquél, que más allá, es el pionero de un hombre nuevo y de una sociedad nueva. Aquél que tiene la inspiración corta y los músculos relajados, aquél que teme el peligro y el esfuerzo. Aquél que teme estar solo frente a los abucheos de la multitud, se aparte de nuestra ruta y deje vía libre al libre desarrollo de la Raza.

Aquél que se crea predestinado por los derechos y privilegios, apártese de nuestra ruta. Nosotros ofrecemos el esfuerzo y las penalidades, la certeza de los golpes y la fe en la victoria final. Aquéllos que encuentran insípido nuestro alimento, que se aparten también; no son de los nuestros.

Con nosotros están los deberes, no hay salarios y recompensas materiales. Por el contrario, aquél que está presto a perder y arriesgarlo todo, que desea trabajar y elevarse a sí mismo que venga a nuestras filas porque está destinado a vivir en nuestra atmósfera y cualquiera otra le sería sofocante.

EL PENSAMIENTO DEL HOMBRE NUEVO

No podemos esquivar los problemas del pensamiento individual, tal como se presentan a los miembros del nuevo movimiento, desde el momento mismo de su adhesión. Por eso creemos necesario decir algo antes de ir más lejos en nuestro estudio.

Los problemas que se presentan para un nuevo movimiento, tal como nosotros deseamos verlo nacer, surgen del hecho de que queremos no solamente un movimiento político y social, sino un movimiento que pueda dar a cada miembro del mismo, una filosofía, una teoría del conocimiento y una visión del mundo. Deseamos pues que sea un movimiento que desborde los estrechos límites políticos de las para penetrar profundamente en la vida de cada uno y en las de su familia.

La política no es como algunos creen erróneamente un negocio público, sino que debe llegar a ser un trabajo privado, moral y espiritual.

Esta toma de posición moral y filosófica que nosotros pediremos que tome cada uno, deberá determinar en cada militante, no un conjunto sistemático de conclusiones, sino una actitud general intelectual una manera partícula de enfocar y

de analizar los problemas de la vida La originalidad de nuestro pensamiento y de nuestra concepción se manifestará, tanto por la base sobre la que plantea los problemas de todos los actos de la vida, como por la solución que se propone para resolverlos.

El Social Racismo es la afirmación del rol preponderante de la Raza dentro de la determinación de todos los problemas relativos a la vida de cada miembro del pueblo y dentro de la solución que hay que aportar. Se trata de la reivindicación de la predominancia absoluta del factor racial, en todas las manifestaciones de la vida de los hombres y de los pueblos. De aquí se define nuestra posición frente a los miembros de la organización política y del pueblo.

Presentando como primordial la autoridad del factor racial y rechazando el derecho a corromper la vida de los hombres de nuestro pueblo a todo individuo, grupo o doctrina negadora de esta realidad, nosotros nos separamos radicalmente de ellos, pero a su vez, encontramos en nuestro camino a todos los grupos sanos nuestro pueblo.

Al mismo tiempo que rompemos todos los lazos con las doctrinas y los grupos negadores del factor racial, restablecemos los contactos con los hombres de nuestra Raza de nuestro pueblo que, engañados siguen todavía dichas doctrinas negativas. Nuestra actitud a su lado será, por consiguiente, comprensiva, amistosa, acogedora y no hostil.

La afirmación de este valor unitario de la Raza nos separa, tanto del pensamiento religioso vulgar, como del pensamiento materialista, tal como fue desarrollado por el socialismo semita.

Introducimos en la vida de cada uno, el criterio definitivo absoluto que le dará orientación moral en el curso de toda su actividad, sea familiar personal, o más ampliamente política.

Ahora bien, del hecho que este factor, por definitivo que sea en su esencia, es, igualmente, evolutivo y científico en cuanto a su destino y opone su devenir y la agilidad de su dialéctica a un rigor dogmático incompatible con la ciencia y el razonamiento científico. Se opone tanto al dogmatismo de las religiones oficiales como a la actitud de infalibilidad igualmente dogmática, de la dialéctica marxista.

Estas teorías dogmáticas, apoyándose cada, una en una única teoría válida del conocimiento, niegan toda posibilidad de desarrollo intelectual fuera de ellas, mientras que nuestra afirmación racial fija solamente un punto de referencia, más allá del cual se halla la degeneración racial y la decadencia intelectual, dejando la investigación enteramente libre para lo demás. Por consiguiente, nuestra posición racial, deja el pensamiento libre de todo dominio excepto en aquel donde el pensamiento se suicide pura y simplemente.

Nuestro pensamiento no pueda ser un “libre pensamiento” ya que está limitado por la frontera de la decadencia y la degeneración de la Raza. No es tampoco un pensamiento y una doctrina de autoridad absoluta que coarte la acción del pensamiento, puesto que ella se podrá elevar tan ampliamente como lo desee en todos los dominios positivos. No es así de ningún modo, una concepción del “justo medio” sino la doctrina de hombre que desea elevarse siempre, y ensanchar su dominio. Por eso, ellos se cuidan bien del único factor que es capaz, de forma decisiva, de conducir a la degeneración total: la degeneración racial,

Esta tendencia a la conquista de posiciones siempre nuevas, pero siempre más altas y más sanas, es todavía la única concepción que puede permitir más unidad y más armonía debido a la jerarquización rigurosa de los valores individuales y colectivos. Es entonces, en virtud de estos principios, por lo que cada uno estudiará la historia y

la filosofía, las ciencias y la política por lo que apreciará la literatura y el arte y los utilizará de la manera más progresiva para él mismo y para su pueblo.

La búsqueda intelectual será así función no de un partido o de la doctrina particular de ese partido, tomado como partido político, sino como factor obligado de las necesidades del desarrollo del pueblo y de la Raza. Esta búsqueda estará exenta de toda traba por parte de las autoridades políticas consideradas como tales en tanto que estas investigaciones no puedan aparecer como factor de disgregación racial;

No podemos admitir; por supuesto, que en ningún orden de ciencia, el resultado sea el previamente indicado o sea el impuesto por una autoridad del Partido, bajo el pretexto de su concepción política particular. No tiene sentido fijar a una ciencia, cualquiera que sea, otros límites que los que le fijen sus propios métodos. La decisión del partido estaliniano de prohibir tal o cual investigación con el pretexto de que es "contraria a la línea general", o de oponerse a una creación literaria o filosófica por los mismos motivos, es sencillamente ridícula y al mismo tiempo anticientífica.

En fin, incluso dentro del dominio filosófico el Socialismo Racista está bastante seguro de sus métodos como para no temer un desarrollo que no estuviese conforme a sus conclusiones, sabiendo con certeza que su refutación doctrinal junto a un pueblo consciente de su devenir racial tiene más posibilidades de éxito y de obtener resultado que con una condena o una interdicción pura y simple.

En todo caso, como el pueblo con conciencia racial no es partidario de ninguna democracia formal que no sería sino demagogia, al mismo tiempo que acepta la expresión de todo pensamiento sano, reserva la manifestación de esa expresión a los que están aptos para beneficiarse eventualmente para refutarla.

Se podrá objetar que esta manera liberal de permitir la expresión de un pensamiento adverso, en un medio que es capaz de entenderlo es una fórmula democrática. Por el contrario, encontramos en los criterios raciales un terreno firme, sabemos que siempre, frente a una tendencia a la decadencia, el pueblo no se doblegará ante conclusiones establecidas no científicamente. Dicha tendencia tendrá, por otra parte, que encontrarse con su límite más allá del cual la libertad no tiene derecho a ir sin perjudicar el bien común.

Por el hecho de que la Raza es para nosotros el punto de partida de toda forma de pensamiento y de vida, es la raza por lo tanto la que se opone a esta forma de pensamiento y de vida que perjudica su desarrollo y puesto que esta actitud proporciona las bases de una concepción del mundo, esta última responde totalmente a las clásicas interrogantes sobre origen y fin.

Así el límite está establecido, no por una decisión de organización política o por las bases de un texto, sino por el sentimiento de que la Raza ha hecho lo que somos y que somos por eso depositarios de un bien sagrado cuya presencia sentimos tan imperiosamente que su legado deviene obligatorio para cualquiera que admita este factor determinante; por consiguiente toda desviación le está prohibida.

Aparte del razonamiento y de la discusión de la convicción que nace del pensamiento una especie de instinto nacido de la pureza racial reconquistada, recreada, debe hacer sentir a cada uno que tal gesto, tal acto, tal escrito es contrario al destino y a la permanencia de la Raza. Así, para el Socialista Racista esta base es dada no por la afirmación precisa de una ley o de un reglamento, incluso moral, o por un dogma sino por el sentimiento interno de pertenecer a una línea que no puede degenerar, de ser responsable de su herencia y en fin, de un contacto espiritual permanente con el genio, las tradiciones, las aspiraciones y las necesidades del Pueblo y de la Raza. Este sentimiento se trata solamente de educarlo. Por eso el

contacto permanente con la realidad viviente de la Raza debe hacer que nadie pueda sustraerse a su imperativo sin. condenarse a sí mismo, sin abocarse a la degeneración de sí mismo y de su Raza. Sé trata, a partir de ahora, para él, de la adopción de una escala de valores que le inspire y cuya obediencia voluntaria sea el único medio de satisfacer su propio destino.

Así, al mismo tiempo que la voluntad de investigación queda libre de todo obstáculo, para el que sano mantiene en sí y en su Raza un pensamiento sano, se impone un termino absoluto que no acepta poner en duda ni sobrepasar. Esta concepción de valor absoluto atribuida a la realidad racial entraña en la práctica política una doble actitud: considerando que cada individuo debe alcanzar un estado de salud física e intelectual, al concebir esta realidad, al tomar conciencia y al orientar su vida en consecuencia, sé niega a imponer esta manera de ver. No se trata sino de una adhesión profunda; el formulismo aceptable, sin duda, desde el punto de vista político, pero insoportable para la conducción de la vida y de la elaboración de una moral personal, haría rápidamente degenerar la organización, al militante y con ello al pueblo mismo.

Decidido a salvaguarda la unidad y la salud en todos los dominios, el militante está dispuesto, a oponerse por todos los medios a los factores de corrupción y de degeneración física y moral; asimismo, se opone por todos los medios a las tentativas de corrupción o debilitamiento. que sean intentadas por los elementos degenerados dentro de la Raza y del Pueblo.

Para resumir en una fórmula breve: es permisible a cualquiera no ser racista, pero no está permitido a nadie ;ser en enemigo de su propia Raza. La neutralidad, la indiferencia, la ignorancia, son normales fuera del Partido; la negación, no lo será jamas.

En efecto cualquiera que se oponga a una posición moral y teórica debe conocer esta posición y cualquiera que habiendo estudiado la cuestión insiste aun en combatir aparece como un factor de disgregación voluntaria, como portador por su propia degeneración del declive de la Raza

No, hay así ninguna contradicción en esta actitud doble y esta conciliación no es. posible sino a partir del hecho de la seguridad en que se encuentra el Socialismo. Racista frente a su propia concepción.

Nosotros llegamos ahora al dominio práctico de la misma y del criterio que nos permite reconocer como única válida esta forma de organización.

Si la convicción del Socialista Racista está estrechamente ligada a la concepción racial, es entonces, evidente que el criterio será la integridad de la Raza y su unidad. Este será el único medio de medir lo acertado del criterio. Es posible que el Partido no corresponda realmente por un cierto periodo a aquello que él esperaba. Sin embargo, el militante tendrá cuidado de mantener intacta la unidad de la Raza y de conservar su única arma: el partido. Se opondrá a toda tentativa de debilitar y menoscabar esta unidad.

cómo podría el militante concebir que la Raza sea otra vez dividida, siendo su propia voluntad la de unirla? Cómo podría aceptarlo sabiendo que el Partido, que es un arma poderosa de unión, se le escapar do las manos y con ello la unión de la Raza? El interés superior de la Raza pesará sobre toda otra consideración y le hará continuar su acción unitaria y persistir en su actitud.

Una objeción de valor, un “gran argumento” que desean oponernos nuestros enemigos es el siguiente: “Puesto que ustedes han aceptado el estudio de la Historia dándole una base racista, ¿no temerán ustedes que los nuevos descubrimientos científicos puedan derribar vuestro sistema y arruinar vuestra propia teoría?

Sería ocioso responder que el tipo racial que deseamos ver nacer está delante de nosotros y no detrás y que la concepción que tenemos del hombre tiende más hacia el futuro que hacia el pasado. podríamos decir que nuestra concepción es tal que pensamos que científicamente no se puede adoptar otra actitud. Reconocemos, en efecto, que en el momento actual no existe ninguna raza pura, pero que ciertos tipos de las mezclas actuales estabilizándose pueden crear tipos de interés particularmente adaptados, para ayudar al progreso armonioso de la humanidad. Esto es perfectamente posible desde el punto de vista científico; que trata solamente de escoger los tipos humanos que históricamente, incluso sin ser puros, han sido dotados de cierto número de cualidades específicas.

Finalmente, partiendo de esto podemos decir que si la Historia ha sido trastornada en su desarrollo pasado por el descubrimiento sensacional de documentos, contradiciendo todos los hechos, el tipo ideal de hombre hacia el cual tendemos y que debemos mantener y seleccionar, también subsistirá como meta esperada.

Esta posición que moralmente es la nuestra, será la de los idealistas que tienden a recomenzar el mundo, intentando desligarse de toda tradición extraña.

Nuestra posición es entonces totalmente diferente. El hecho de que nosotros animamos y admitimos toda investigación científica positiva no puede presentar, en nuestra opinión, el menor peligro para la firmeza de nuestras teorías respecto a los orígenes y fundamentos.

El desarrollo de los conocimientos actuales ha permitido en el transcurso de un siglo, analizar las bases esenciales de la evolución humana y el papel que han desempeñado las razas que desde los orígenes han ocupado el Occidente Europeo.

Estamos así perfectamente tranquilos y seguros en lo que concierne a los descubrimientos que pueden ser efectuados referentes a esta materia. Las bases fundamentales de nuestras concepciones no pueden encontrarse amenazadas. Es por lo que no podemos estar en contra de la tradición de nuestras razas, ni en contra de la obligación de mantenerlas y perpetuarlas. Si lo hiciéramos sería una construcción arbitraria e ideal de un tipo humano sin conexión con los orígenes de nuestras razas y de nuestras civilizaciones. Afirmamos sin temor a ser desmentidos por la crítica histórica, que desde la mitología aria, hasta nuestros días y a través de los tiempos, siempre se encuentra un tipo de hombre que lejos de ser el guardián de nómadas semitas, lejos de estar ansioso de sacrificios humanos a la manera de Abraham, lejos de estar formado de una voluntad abstracta de dominación barbara sobre los pueblos extranjeros, pretendiendo encorvarlos sobre “una varilla de hierro”, es la encarnación del pensamiento alto y sereno que hizo posible el nacimiento de los conquistadores, civilizadores y constructores de templos y catedrales.

Este tipo que va desde Rhama á Orfeo, de Orfeo a Plateen y de Platón hasta nuestras civilizaciones modernas, unió la virtud del guerrero a la del sabio, y esta virtud es la que ha dado al mundo occidental a Alejandro, César, Carlomagno. por no citar sino a los mas conocidos o a los más grandes.

La permanencia de este tipo es una segura garantía de que ninguna falsificación de la historia será lo suficientemente fuerte como para lograr disminuirlo.

En fin, de la contemplación de este tipo humano. nosotros extraemos la certeza y la seguridad moral de nuestra verdad y del destino de nuestra Raza.

Nuestra voluntad es por supuesto, no la de erigir la apoteosis de un hombre tomado en particular, aunque sea un héroe u otorgándole un valor personal, divino o absoluto, lo que sería simplista desde un punto de vista científico, sino extraer del modelo dado por cada uno de los grandes hombres de nuestra Raza, aquello que fue

precisamente la razón esencial de su grandeza perteneciendo al tipo común de la Raza.

Así conseguimos un tipo permanente, no solamente del “gran hombre” de nuestra raza, sino del hombre occidental en el estado de salud física y moral del hombre racialmente sano. Nos esforzamos en ver qué cualidades particulares repite este tipo en sus diferentes manifestaciones personales a fin de reencontrar en cada uno de los hombres de nuestra época, de las razas occidentales y de nuestro pueblo cuales son los individuos, las razas y los pueblos más cercanos a este tipo a fin de seleccionarlos y fomentar su descendencia.

legamos así, por el examen y el fomento de este tipo, a adquirir una idea del mundo en su origen y fin en el que reencontramos, al mismo tiempo que una base racial permanente, un sistema de creación intelectual igualmente permanente. Esto es a nuestros ojos el mejor medio de construir una vía cuya valía parte del hecho de que es heredera de las grandes figuras de la Raza y que se esfuerza por transmitir enriqueciendo la herencia tradicional y purificándola.

La nueva regla no es el resultado de una construcción, abstracta sino la manifestación actual de un destino milenario del cual nadie puede sustraerse Sin traicionar sus orígenes y su propia existencia. Es el motivo por el que el Socialista Racista que tiende a elevarse siempre, no puede de ningún modo hacerse portador de un ideal de nivelación, sino, por el contrario, de un ideal de jerarquización de los valores, mediante una selección rigurosa. Al desorden y a la incapacidad actual del pensamiento, debido a la falta de perspectiva para el futuro y a la carencia de tradiciones, el Socialista opone un pensamiento claro, consciente de su destino inmemorial y de su tarea inmediata, alza la imagen de un mundo en el que la grandeza y el valor no sean excluidos, desacreditados ni disminuidos, sino por el contrario, elevados y glorificados a fin de que sirva de modelo y guía.

Esta es la razón por la que este pensamiento es lo bastante y ampliamente abierto como para admitir todos los desarrollos posibles del conocimiento humano en la medida en que ellos sean afirmativos y no negativos. Este pensamiento considera que la civilización occidental no puede sobrevivir ni subsistir sino gracias a su Partido y a su Pueblo. Asimismo tampoco reencuentra el sentido de su destino si no resuelve, teniendo en cuenta las necesidades vitales, las interrogantes más importantes y elevadas que dominan su existencia.

Considera, en fin, que el estrangulamiento de la investigación y el estudio podría impedir la selección de las grandes individualidades-guía que hacen falta en nuestra sociedad artificialmente nivelada.

Por la liberalización de un tipo históricamente eterno, pero en nuestra sociedad nueva, este pensamiento aportará a nuestro mundo la base de una escala de valores renovada que permitirá a Occidente reencontrar su equilibrio y armonía mediante el establecimiento de la jerarquía más natural como más rigurosa.

Es solo una condición particular del hombre lo que nos conduce a una toma de posición política, mientras que la mayor parte de las organizaciones cuando llegan a una concepción del mundo lo hacen a través de la política.

Este ultimo hecho ha sido causado porque el desarrollo científico y social del siglo XIX ha sido mil veces más rápido que el desarrollo y adaptación del hombre a su propio progreso. El hombre actual, sin quererlo, conserva formas de pensar del siglo XVIII a la vez que se encuentra en presencia de todo el desarrollo técnico del siglo XX. Es decir, ha sido precipitado dentro del siglo XX rompiendo con todo un pasado de tradiciones a las que no puede hoy sustituir. Además, una terrible mezcla

racial ha tenido lugar en nuestra Europa sin que los valores morales de defensa hayan sido alcanzados.

Esta mezcla no ha hecho sino acentuar el desorden y el desequilibrio. Se llega así, con una humanidad occidental disminuida por el mestizaje a gobernar sin principios generales y actuar solamente al día sin perspectivas de futuro ni orientación alguna.

Sin duda, los “socialistas” fueron los primeros y, ellos dirán, los únicos en intentar elaborar una teoría que fuese capaz de resolver las dificultades materiales de su época, previniendo eficazmente el porvenir. Pero la falta de premisas generales debida, en gran parte, a la ausencia del estudio suficiente del desarrollo humano les impidió hacer otra cosa que no fuera “economismo”. Otro factor más grave, como ya vimos, intervino: el nacimiento de una teoría semítica del socialismo, válida tal vez para los semitas, pero no para nuestro grupo de razas europeas.

Así los gobiernos, tambaleándose entre teorías caducas del conservadurismo social, las teorías necesariamente incompletas del Socialismo economista y las teorías semíticas, tenían en sus manos las palancas para ordenar los Estados sin saber utilizarlas. De vez en cuando el triunfo de una tendencia única permitió por algún tiempo evitar el desorden, pero la teoría aplicada no correspondiendo con el desarrollo histórico de la Raza, hizo que al sistema se hundiera rápidamente

El liberalismo, lejos de ser una fórmula de libertad si fue en realidad la manifestación palpable de la incapacidad para prevenir, organizar y gobernar la confesión clara de una incertidumbre en los propios métodos del partido en el poder. Si el régimen, en efecto, no corresponde a las necesidades morales, intelectuales y materiales del Pueblo y de la Raza, no puede sino vegetar y vivir de expedientes y decretos ;hubo necesidad para ellos, faltos de la adhesión profunda de los pueblos, de dejar subsistir una infinidad de partidos, dentro de los cuales, la sucesión periódica, podía, en el mejor de los casos, detener sucesivamente las incapacidades más peligrosas de cada uno.

Por el contrario, cuando un régimen dotado de una visión o programa de conjunto, resuelve los problemas diarios y prepara la solución de los de mañana, la adhesión del pueblo deviene rápida, total y profundamente y los partidos desaparecen faltos de una razón por la cual existir.

Existe un orden natural basado sobre la Raza y el valor personal; que las cualidades de cada uno sean puestas a realizarse, que los medios de todos se manifiesten libremente mediante la organización metódica de las posibilidades latentes. Es entonces cuando el equilibrio se establece en una justa jerarquía de valores La función del Estado se convierte en la de árbitro y regulador de las diferentes funciones sociales, sin más actuación que su tarea tradicional.

En un Estado Racial y socialmente sano no se trata sino de establecer una especie de “reglamento interior, fijando deberes y obligaciones, a cada uno, respecto a la comunidad, para que por la vía de la consecuencia los derechos de cada uno destaquen claramente; no quedan sino deberes recíprocos y el cumplimiento de estos permite, el nacimiento de los derechos de cada uno. No podemos dejar de decir que estos deberes son, por encima de todo, los que incumben a la Raza y que todas las demás obligaciones se derivan de esta obligación única, sean materiales o morales.

Importa poco, por consiguiente que el título del Estado sea república o monarquía. Lo importante es que las garantías del suelo y de la Raza, así como el desarrollo armonioso de cada uno, estén asumidas en la Ley Fundamental del Estado. Sometiendo al individuo a la obligación permanente de servir a su Raza, se le confía el criterio permanente desde el que podrá juzgar si el Estado es bueno o no,

conforme al orden natural o no. Así cada uno deducirá con toda naturalidad la regla de relaciones que unen al individuo, al Partido y al Estado.

Si el Estado es antirracial o neutral, el Partido deberá ajustarse a él y oponerse para conquistarlo, modificarlo o abatirlo. Pero no podrá aceptar transigir con él puesto que no garantiza los valores que son imperativos para cada raza. Por el contrario, si el Estado es Racial, el Partido se encontrará fundido dentro del Estado, el Pueblo en el Partido y una armonía decisiva mediante la jerarquización automática de los valores se establecerá. Así puede haber inmediatamente identidad entre la Concepción individual y la del Partido, entre la del Partido y la del Estado, y entre el Pueblo y el Estado. Desde el día en que la concepción general del hombre y del mundo, que es lo propio sea aplicada, entonces el Estado será verdaderamente unitario en su forma y en su manifestación.

Es en este momento en el que se crea la libertad individual, cuando llega a su estado más elevado y amplio. Es la libertad de cada miembro del Pueblo mediante la realización colectiva de aquello que es el destino de cada uno dentro del Pueblo y de la Raza. La cuestión grave, por otra parte, de la obediencia al Estado, no tendrá que ser resuelta en este caso, puesto que la obediencia al Estado se confunde con la obediencia para cada uno a su propia regla moral, con la obediencia a su propio destino. De ahí solamente puede nacer la disciplina más firme porque es única, libremente consentida y voluntaria

La actitud unitaria del Estado comporta así una actitud clara respecto a la educación, si el destino de uno se confunde con el destino de la Raza, del Pueblo, del Partido y del Estado que conlleva los principios de la posibilidad de realización. El problema de la educación de los ciudadanos y de la escuela será, entonces el de la formación de ciudadanos conscientes desde la infancia, de su destino y de la responsabilidad social y racial que de ello se deriva. Por consiguiente, del mismo modo y con el único fin de llevar al más alto grado la capacidad del Pueblo y la Raza, de permitir la selección más rigurosa posible, el acceso a la cultura debe ser ampliamente abierto y gratuito, de modo que cada uno pueda realizar totalmente todas las facultades que le son propias: una Raza superior tiene más necesidad de sabios que de armas. Los sabios son siempre aptos para proporcionar las mejores armas en el instante en que las necesidades así lo requieran. Así, muchos créditos reservados habitualmente al armamento serán empleados en el desarrollo general de la Cultura, siempre que sirvan a la elevación del nivel general y a la jerarquización de todos los valores del Pueblo y de la Raza. En cuanto al contenido moral de esta educación, el hecho, de que sea una preocupación tanto moral como política o económica que anima al Socialista Racista, así como la voluntad de realzar su concepción del mundo dentro de la organización del Estado, le crea la obligación de aportar a todos los niños de su Raza todos los medios para adoptar esta concepción del mundo que es la suya. Casi, en un mundo donde todo es lucha, cada uno será armado para el combate por su propia existencia. El sabrá que el lugar que ocupará no lo obtendrá sino por la lucha elevada, todos los hombres de su Pueblo y de su Raza habrán tomado la salida al mismo tiempo, que él y con las mismas ventajas que él. Es tal vez una imagen brutal, una sociedad en la que todos deberán ser combatientes; pero no es en las sociedades afeminadas ni en las razas que subestiman donde la humanidad ha encontrado a sus guías. Somos demasiado Socialistas como para adoptar el grito implacable de Roma: "VAE VICTIS". Haremos la sociedad de tal manera que el vencido tenga aún su lugar bajo el sol pero sabrá que es de gracia no de derecho y que sólo así el vencedor se lo otorga

Así serán utilizadas las fuerzas al máximo y lo más armoniosamente posible, salvaguardando los derechos y las posibilidades de cada uno en las mejores condiciones.

EL RACISTA Y SU PUEBLO

Cuando Paul Valery declaró que el europeo actual había nacido del aporte griego, romano y cristiano, sobrepasó y se apartó de la realidad. El cristianismo, no es, por supuesto, desde el punto de vista de la formación del hombre occidental llamado cristiano, sino un factor aparente y superficial. El cristianismo nos ha llegado completamente transformado por San Pablo, a través de la filosofía griega comprendida por un judío y semitizada y revisada por la catolicidad que habiéndola en gran parte, latinizado y germanizado, la ha hecho para Occidente un conjunto aceptable, más directamente heredera de Grecia y de Roma. Con riesgo así de espantar a ciertos espíritus conformistas diremos que todo Occidente en sus manifestaciones políticas, filosóficas y morales es heredero de Grecia y de Roma y que su mismo cristianismo ha sido suficientemente occidentalizado, como para no ser tan semita como ser, sobre todo, greco-latino y germánico.

Solo una estrecha capa semita y negroide intenta a partir de ahora infundir a Occidente sus valores propios de anarquía, disgregación y nomadismo pero el fondo del pensamiento y de la vida occidental permanece greco-latino y germánico totalmente.

El Racista deberá, dentro de la civilización occidental, discernir con cuidado los aportes recientes de las razas inferiores, y descubrir el metal puro de la tradición grecolatina y germánica que es la nuestra. Solo el reagrupamiento de individualidades capaces de delimitar estos aportes podrán crear los cuadros dirigentes que faltan a nuestro Pueblo para reencontrar las vías de su destino racial. Dentro del trabajo de limpieza, el Pueblo tenderá a desprenderse de sus elementos semitas y negroides, como también a señalar la vía de las concepciones sociales tradicionales de nuestra Raza, según las enseñanzas más características de los grandes teóricos socialistas de Occidente, desde Platón hasta Sorel y pasando por Blanqui, esas son las tareas más urgentes

Pero tendrá que recordar constantemente que la teoría no es nada en sí misma, si la corrupción racial impide al Pueblo tomarla y utilizarla.

Por lo tanto, el trabajo del Racista será, al mismo tiempo, el de recalcar la necesidad de realizaciones sociales y de demostrar que no son posibles sino dentro un Pueblo racialmente homogéneo y en un Partido racialmente escogido. No basta tener el poder político y aplicar resueltamente las grandes medidas sociales si el Pueblo adentrado y sumido dentro del camino de la degeneración racial no puede ni comprenderlas ni salvaguardarlas. No es solamente en su aspecto externo en el que la sociedad Occidental llegará a ser socialista, sino interiormente mediante su actitud para recrear su propio socialismo dentro de la unidad moral y racial; más aún, si la idea de solidaridad profunda que desde el principio ha unido a los hombres de la misma raza no está presente en el espíritu de cada uno toda realización social llegará a ser imposible.

Durante el largo tiempo que su partido no haya alcanzado el poder, el militante racista deberá obrar con toda sus fuerzas para transformar moralmente su medio de antemano y para preparar la Revolución de los espíritus sin la que la Revolución

Social no puede concebirse cuanto su partido tenga el poder, su tarea no disminuirá, más aún, se ampliará por los nuevos medios que serán puestos a su disposición. Al mismo tiempo fijará las bases raciales y por consiguiente morales y políticas de su acción; así deberá dentro de su vida personal, aplicar severamente las premisas de sus principios de tal manera que sea un modelo y un ejemplo en su propio ámbito.

El hombre de nuestro país, incluso cuando se acerca a nuestras concepciones, tiene una tendencia muy marcada a sufrir la influencia de su medio y hacer su vida en dos partes: una destinada a la política y otra a sus intereses privados, sin comprender que sin una unidad total de su vida alrededor de principios firmes no hay acción política profunda, ni vida privada consecuente; es decir, que a la vez que condena ciertos métodos actualmente corrientes y heredados de los judíos se acomoda a ellos en los hechos cuando se encuentra en medio de sus negocios o de su vida privada.

Es indispensable que el Racista unifique resueltamente, su vida, la de su familia y la de su entorno si quiere unificar después la vida de su Pueblo y la de su Raza. Tomando conciencia de sus deberes permanentes para con los hombres de su raza, estará más animado y a favor de las realizaciones, que inmediatamente puedan crear la atmósfera revolucionaria, necesaria a toda revolución, y predicando con el ejemplo. Estando así comprometido combatirá con más actividad el sistema actual de gobierno y organización social, en cuyo nombre millones de nuestro Pueblo son privados de las más elementales libertades bajo el pretexto de querer liberarles de algunos mínimos deberes. No podrá aceptar más alrededor suyo las servidumbres y degeneraciones que una sociedad dominada por las razas inferiores mantiene y desarrolla sistemáticamente. Se indignará. no en nombre de no se sabe cual. caridad, ni en el de una falaz solidaridad social sentimental sino porque él verá millones de vidas de hombres de nuestra Raza derrochadas, envilecidas y dispersadas sin provecho alguno para la Raza y el pueblo.

Por otra parte, no se contentará con las realizaciones sociales fragmentarias, es más, querrá llegar a la raíz del mal modificar la estructura del Estado y de la sociedad mediante la toma de conciencia del interés colectivo de la Raza entera y de la solidaridad estrecha que une a sus miembros, creando la obligación para unos de ayudar al completo desarrollo y liberalización de los otros.

No será posible, por otra parte, olvidar el problema colonial, en la medida en que afectó los planteamientos sociales y políticos del racista.

Aunque nos pongan objeciones , nosotros afirmamos que sólo los europeos son capaces de concebir ciertas formas de socialismo y ciertas normas de civilización. ¿Significa esto que las otras razas no pueden llegar a un nivel de civilización relativo y crear una clase de socialismo adaptado a su raza?

El Socialismo para nosotros, entraña la concepción de que éste no se realiza sino cuando cada individuo ha podido, gracias a la sociedad, llegar a un desarrollo completo, físico, moral, intelectual y material y ocupa el lugar que le reserva su valía.

Es así evidente que si cada raza o pueblo, dentro del dominio que le pertenece en el mundo, establece un régimen donde estás condiciones son realizadas habrá accedido a su socialismo, como nosotros habremos realizado el nuestro .Cuando reclamamos para nuestra Raza el derecho de realizar “nuestro Socialismo”, salvaguardando nuestra salud física y nuestras tradiciones, no rechazamos el que cualquier otra raza tenga las mismas posibilidades, sabiendo muy bien que entonces, dentro de un orden mundial consecuente, una jerarquía de razas se establecerá por la fuerza de las cosas, así como una jerarquía social en el seno de cada raza. Esta será la única organización válida del mundo para preparar una paz duradera. Sabemos que así los

nómadas semitas retornarán poco a poco a su nomadismo, y que los mongoles retornarán a su 'yourte'. Nada tenemos que tener de esta delimitación neta de los dominios de cada raza. Será por el contrario, el medio de manifestar más claramente que nunca la superioridad de Occidente. Este es el motivo por el que los semitas, mongoles y negroides se oponen con tanta severidad a su implantación, ayudados como están por la Banca Judía Internacional y el Estado Mongol estaliniano. Es el por que tambien nosotros luchamos con tanta energía contra el nivelamiento y la corrupción ocasionada por dicho enemigo. Toda concesión hecha a la idea de la igualdad de las razas y a la mezcla de sangres no es más que un nuevo hito dentro del sentido de una guerra inexpiable. Si la degeneración es bastante grande, si la decadencia y la dimisión del deber se acrecienta Occidente entero se sumergirá. en la barbarie y la anarquía, como lo fue China miles de años antes de Cristo, como lo fueron tambien Grecia y Roma en la época de su decadencia y como ocurre con toda civilización que renuncia a su destino. Pero cuando el derecho a realizar su destino sea reconquistado por nuestra Raza, una era de paz se abrirá ante nosotros y ante los descendientes de nuestro Pueblo.

El socialismo de Occidente ha tenido como primera preocupación no tanto la de realizar el Socialismo en cada país, sino de realizarlo al mismo tiempo o casi por doquier. La revolución mundial fue el mito que vio mover las masas haciéndolas perder su destino, país y raza.

Ha sido normal para un socialista tener una concepción de la organización general para dar al mundo, pero lo lógico es, antes de desear liberar el Universo y organizarlo, tratar primero de organizar su propio país y su propia raza. Lo mismo que antes de aconsejar a otros que realicen el socialismo, es justo experimentarlo en casa, para erigirlo en ejemplo. Es justo reconocer que el pensamiento socialista nació en el seno de algunos pueblos que tenían una composición racial particular. Ha sido inteligente notar que de las tendencias que existen en el socialismo, cada una de ellas correspondió a la concepción que cada grupo racial tuvo del socialismo. De este modo antes de erigirse en el campeón del universo y de la Internacional, modesta y sencillamente unido a su pueblo y Raza, el militante socialista habrá comprendido que las internacionales apresuradas y sentimentalmente construidas, han sido manejadas por judíos y no han hecho sino aportar las teorías raciales sociales de los judíos y no de los occidentales, y que la última Internacional no es ni siquiera judía sino mongólica.

De conclusión en conclusión, el socialista europeo se habrá preguntado que socialismo conviene a su país ya su raza, y comprenderá que una cierta forma de socialismo será capaz de realizar la unidad de cada pueblo de Europa. Así, habrá preservado al Socialismo y a su Pueblo de las infiltraciones semíticas degradantes y el Socialismo será, sin duda, una realidad en una Europa pacificada.

EL RACISTA Y SU PARTIDO

La pertenencia a una raza crea en cada uno cierto numero de aptitudes. Estas son más o menos desarrolladas, según los individuos, pero es posible extraer las constantes para cada raza.

Así la concepción del mundo y de la vida tenderá a ser la misma entre individuos del mismo origen racial antes que intervenga la educación. El hecho de que

constantes análogas pueden ser notadas entre las diferentes razas (etnias arias) que pueblan Occidente, nos hace creer que los pueblos pueden elaborar no un sistema común o exactamente parecido entre sí, pero sí fuertemente emparentados.

Esto nos permite afirmar que el origen de, los movimientos políticos, sociales o morales tiene una causa mas profunda que la educación, la coacción religiosa o gubernamental

La preocupación de un socialismo científico consecuente será buscar las causas profundas, que indiscutiblemente son de origen racial, aislarlas y reunir las, salvaguardándolas o restableciéndolas dentro de su parentesco de origen.

Se habrá así constatado que las condiciones de creación de una teoría propia de Europa. residen en la salvaguarda de las constantes — de las tradiciones raciales de los pueblos europeos. Esta teoría se dedicará a desarrollar entre los pueblos y los gobernantes la voluntad de garantizar una estabilidad racial que será su mejor garantía.

Esta actitud no estará sino en relación con la misión particular de cada uno. Será necesario proseguir la tarea de defensa racial concienciando a todos de la importancia del factor racial que fija irremediabilmente el destino del individuo y del pueblo.

Así está determinada de antemano la actitud política y moral de todo socialista científico consecuente que tienda a realizar la unidad del Pueblo y de la Raza en torno a doctrinas que emanen del genio de ese Pueblo y de esa Raza.

Para caracterizar la actitud del Socialismo Racista, no es suficiente decir que hay que analizar tal o cual carácter, o precisar tal o cual posición; es necesario decir que en nuestra época el Socialismo Racista es el promotor de un verdadero drama, después de haber crecido en un mundo que niega la realidad del hecho racial, después de haber actuado en un medio político que lo niega, el Socialismo Racista debe enfrentarse a ambos y conducirlos al camino del pleno Socialismo popular y racial.

Descubriendo la importancia de la Raza dentro del desarrollo de las sociedades humanas. dentro de la evolución del conocimiento y del pensamiento, el Socialismo Racista debe retornar las teorías socialistas y pesar las con ayuda de este nuevo patrón.

Así al relacionarse con el movimiento socialista tradicional y al descubrir el factor primordial de la Raza, el Socialismo Racista debe revalorar todo y crear un movimiento nuevo del pensamiento socialista y darle una determinación completamente moderna.

La base sobre la que el socialista racista establece su doctrina es la concepción de que toda existencia individual está determinada por su herencia no sólo familiar, sino racial y por consiguiente de buen o mal grado, el hombre pertenece por su herencia á la raza que le ha dado nacimiento. Si desea obedecer la ley de su destino no tendrá más que una vía: conformarse a las necesidades y a los imperativos propios de su Raza.

De ahí se desprende lógicamente, que un pueblo no podrá realizar plenamente su destino si no se pliega a las leyes de su devenir racial y al reforzamiento constante de su salud racial.

No es entonces una obligación externa, una imposición política o social lo que conduce al individuo a escoger tal genero de vida más que otro, sino, porque ha tomado conciencia de su destino racial. Se trata de una verdadera elección voluntaria: una vía lleva a la degeneración y. la muerte, la otra, a la completa realización de sus posibilidades. Ahora bien, dentro del desarrollo de la sociedad

actual, pocos son aquellos que están en condiciones de proceder a tal elección, puesto que el mundo mismo donde uno crece se opone a ella o al menos se ignora la necesidad de elegir.

Por lo tanto, todo el problema del devenir humano pasa por esta pregunta precisa: El hombre, ¿está o no determinado? ¿Es total su libertad individual o depende de una autoridad superior? Problema de carácter casi religioso en ciertos casos, pero problema también biológico, físico y político. En el caso presente, llega a ser mucho más grave que un simple problema político. Si el individuo es portador de un capital racial dado, si está determinado por ese capital, tiene derecho a desperdiciarlo o destruirlo?; y si legalmente está autorizado, ¿puede estarlo moralmente? A falta de una ley política de preservación ¿una ley moral no se opone a la dispersión de su herencia? ¡Si! Si generaciones de hombres precediéndole en la existencia se han comportado y desarrollado de tal manera que él ha podido recibir una suma de cualidades particulares, éstas no le pertenecen en propiedad, pues es solamente el depositario provisional de las mismas. Está obligado no sólo a conservar intacta esta herencia sino a acrecentarla más; antes de transmitirla a su descendencia tiene la obligación de no romper la cadena generacional por ser el sostén de la Raza y su continuación. Problema colectivo, luego social, pero al mismo tiempo imperativo individual, trazando a cada uno la vía de su devenir personal y político.

Sin duda, esta inmensa importancia dada a la responsabilidad individual está en oposición y ruptura total con mucho de lo que la mayoría de la gente tiene por costumbre admitir. Pero acaso no ha sido esta la actitud de los griegos en su buena época cuando deseaban sobre todo “ser buenos y bellos” sabiendo siempre que los dioses castigarían tanto el crimen de desmesura como el atentado contra la Raza? Esta noción está expresada en su totalidad en el Mito de Edipo y de su descendencia.

Así, al tiempo que cada uno puede preparar para sí la degeneración y la de su propia raza, una nueva noción interviene prohibiéndoselo: la toma de conciencia racial de su Raza.

Por medio de esta toma de conciencia racial descubre que no pertenece a sí mismo, sino a cierta cadena de hombres que le han precedido y que debe continuar siendo él uno de sus eslabones.

Es en nombre de los derechos de la Raza el motivo por el que se alza el socialista racista y en nombre de éstos reclama para el Estado una forma que le garantice a él y a su pueblo una forma de vida, de tal manera que el desarrollo armonioso de todas las calidades raciales esté asegurado al máximo. Es, finalmente, la voluntad de garantizar el papel predominante del concepto racial lo que le hace reivindicar un rol dirigente en la sociedad y en el Estado a fin de ser el Arbitro y guía de todos los miembros de la “familia popular” a la que pertenece.

En Francia, más que en ningún otro país, tropezará con la voluntad que tiene el individuo de conservar su “libre determinación”, de considerar que “su vida es de él”, que su cuerpo es de él, por decirlo con la frase de un conocido corruptor. Esta actitud es el resultado de decenas de años de corrupción intelectual sistemáticamente conducida en Occidente, por los elementos extraños a Europa. Contra ellos, precisamente, se alza con vigor el Socialismo. Racista. Quien no es consciente de las necesidades de su raza en todos los dominios y actúa contra ella, deliberadamente ha escogido el camino de la enfermedad y decadencia. Es por esto por lo que el socialista racista trata de conducirlo a una concepción sana o resuelve pedir su exclusión de la comunidad racial.

El partido Racista es pues, a los ojos del Socialista Racista el medio de regenerar una sociedad y un pueblo que vuelve la espalda a su verdadero destino y a su meta más profunda.

El Partido no es sino una primera selección que intenta restablecer en su integridad el tipo de hombre que tradicionalmente representa lo mejor de la Raza. El Socialista Racista se hace propagandista no del Partido sino de la sociedad renovada que concibe el Partido; no se hace agente de una camarilla que espera el poder, es el campeón de un mundo nuevo, restablecido sobre su verdadera base.

La sociedad cuyas líneas él diseña no es solamente una imagen del porvenir, más bien una realización personal cotidiana.

El Partido no es el boceto de la sociedad nueva; el hombre nuevo no es para mañana o más tarde, sino para hoy, mediante la reforma personal, la actividad y organización del Partido.

El Socialista Racista no se realiza de acuerdo a su concepción, en el cabecilla o vulgar agitador que se mueve encima de un tabladillo; por el contrario, toma uno a uno a los hombres de su Pueblo para fortalecerlos y restituirles el sentido de su destino; después de esta reconquista y recogida su adhesión les conducirá al combate de liberación y purificación.

Lo más importante a nuestros ojos sobre el sendero de este renacimiento popular no es el método que cada uno escogerá para conducir a los otros a una concepción sana de la vida y del mundo, sino la manera de como cada uno se erigirá en ejemplo y modelo.

Poniendo de relieve el tipo humano hacia el que se tiende, es como el Socialista Racista obtendrá los mejores resultados prácticos. Nosotros no deseamos decir aquí, se sobreentiende, que debe contentarse con tender en solitario hacia ese tipo. Dentro de la sociedad degenerada en la que vivimos en medio de la corrupción generalizada, no podrá acercarse suficientemente hacia dicho tipo. Deberá, además, rebuscar y restituir para los hombres de nuestro Pueblo la imagen como en una especie de leyenda dorada de Occidente. Esta leyenda falta aún por escribir pero es de esperar que nuestra acción inspirará a alguien el deseo de recrearla sobre tantos documentos que permiten hacerla.

Desde el momento en que los rostros de Rhama, Orfeo, Platón, San Luis, Carlomagno, etc., hayan reencontrado sus rasgos característicos raciales en la memoria de los pueblos, un gran paso se dará para su propia liberación. El día en que cada uno de nosotros en el seno de nuestro Pueblo sepa que la lucha que le pedimos continuar ha comenzado en el linde de los tiempos, el pueblo sentirá su verdadero sentido, se sentirá heredero de tantas cruzadas conducidas para la defensa de la Raza Blanca.

Así el Partido de la Raza dará por entendido el hecho de no presentar al pueblo la teoría de una filosofía muerta y polvorienta, sino, primero una galería de rostros donde finalmente los gestos y rasgos constituyen a través de las edades, la imagen única, móvil y viviente del hombre blanco, el hombre blanco en el combate por la supervivencia de su Raza.

Esta realidad convertida en mito es la que hace que la doctrina y la ley se incorporen de manera viviente a la marcha de cada uno. No se trata de una adhesión formal a una organización cultural social o política; sino la aceptación para cada uno del modelo viviente, mediante la orientación hacia el tipo ideal de la Raza.

Es cierto que una forma de organización particular, un Partido y una cierta forma de Estado son necesarias para poder conseguir dentro de la sociedad, la formación de

este hombre nuevo, pero es conveniente saber que la prefiguración del fin siempre le es anterior.

Nietzsche escribió que cada uno debe hacer su vida de tal modo que merezca ser vivida. después de él, durante milenios. Esta imagen del gran pensador debe llegar a ser realidad para el Socialista Racista.

Así como antes de él, cientos de hombres han construido su vida para verla también elevada durante milenios, cada uno establece su plan de vida para que durante milenios, un pensamiento nuevo, una sensación o una emoción nueva se sumen al capital racial y sean eternamente revividos por todos los continuadores y herederos de su línea. No es mediante la persistencia de una forma de organización social o política fija ni mediante el tabú de una “teoría del conocimiento” como él pretende desarrollar este ideal, sino, solamente, por la fidelidad a un tipo al que es un deber desarrollar y aumentarle la pureza. Esta fórmula viviente propuesta por el Socialista Racista es la antítesis de la fórmula matemática fría y económica del semita marxista.

Lejos de imponer un cuadro estrecho y definitivo al desarrollo humano, el Socialista Racista aboca por ampliar su campo de acción y elevarlo negándose a creer que la evolución progresiva de los milenios pueda jamás llegar a una perfección definitiva o a un callejón sin salida.

El marxismo se consagra a un cierto arado de desarrollo, falto de poder concebir otra cosa más vasta fuera de la ‘perfección’ de la sociedad comunista que le parece debe constituir el punto final de toda evolución; como si durante veinte mil años el hombre no hubiera evolucionado más que para llegar al final comunista. El Socialista Racista acepta que el progreso humano atraviesa por rupturas, convulsiones políticas sin, por eso, apartarse de su fidelidad permanente al tipo racial que él ha reconocido como suyo. La certeza de la solidez y persistencia de este tipo a través de las edades le da la seguridad de que toda evolución es posible y deseable, de que toda búsqueda y todo desarrollo son posibles en todos los sentidos, a condición de que sea garantizada la existencia de este tipo.

Que la supervivencia de la Raza implica obligaciones sociales imperiosas y particularmente un nivel de vida conveniente al desarrollo completo de sus miembros no es más que la consecuencia inevitable de la posición socialista Racista. Es por lo que, siendo racista, es socialista. Tendrá una razón más, la fidelidad a la herencia espiritual de los grandes precursores que jalonaron la vida de la Raza y ésto le apremiará recordándole que todos fueron reformadores sociales y que aseguraron siempre, lo más ampliamente posible la vida material y moral de sus pueblos. Así pues, la fidelidad a la tradición es la misma que se impone al Socialista Racista obligándole a ser un revolucionario. un reformador, un socialista, en lugar de un mezquino conservador. Es esta fidelidad a la tradición lo que le obliga a cortar por lo sano en esto que algunos llaman “tradición” y que no es más que una manifestación de senilidad y decadencia.

Lo que le pierde a nuestra sociedad actual, no es la falta de “tradición” o eso que farisaicamente llaman así, sino el exceso de falsas tradiciones que son las formas vacías de una organización antirracial y antisocial. No son las formas sociales caducas desde hace muchos años, ni la conservación de privilegios inicuos, debilitando y disminuyendo la raza, lo que puede restablecer las tradiciones en su integridad. La transformación radical del estado de cosas actual sumergirá a cada uno en las fuentes mismas de las verdaderas tradiciones.

El Socialista Racista se arroga así el derecho de crear y ésto es lo que le caracteriza y distingue. Unido a la roca más antigua de nuestra civilización decide, construir

sobre la misma una sociedad que sea digna de sus inspiradores, que derive de la fidelidad a estos, precursores que él reivindica. ¿No fueron acaso ellos los creadores de imperios, los fundadores de doctrinas, los legisladores, etc.? Defendiendo esta tradición se obliga y compromete a continuarla y renovarla. También para su Pueblo debe ser un fundador de imperio, un conquistador y un legislador; ésto es para él la forma suprema de fidelidad a la Raza.

Nosotros hemos visto más arriba que para el Socialista Racista, el Partido representa la primera selección que tiende a restablecer un tipo de hombre particular en su integridad. Así, el Partido, dentro de sus miembros, realiza el primer ejemplar de este tipo para la época actual, que será capaz de renovar en el curso de la evolución ulterior de la sociedad y de la humanidad blanca.

Es entonces, no solamente un grupo de hombres unidos alrededor de un programa inmediato de realizaciones políticas o sociales, es mucho más. El Partido representa para el Socialista Racista el vehículo de una concepción de la vida y del hombre, idea que unida a las tradiciones más profundas de las razas europeas está, sin embargo, enteramente adaptada al nivel actual del hombre occidental.

En la medida en que el Partido tome el carácter de un agrupamiento de hombres que realizan una concepción del mundo, tanto como una ágil doctrina política, el éxito está asegurado.

La doctrina política se deriva, en su caso, solamente de la concepción del mundo; estando delimitada esta concepción se puede lograr una amplia flexibilidad dentro de los medios de su realización puesto que la base sobre la que reposan el Partido y su doctrina está sólidamente asentada. Es este hecho el que precisa los límites más amplios entre la libertad individual y la disciplina de organización indispensable en todo combate social, político u otro cualquiera.

No podemos decir que esta agilidad misma comporta una obligación moral para el que ha reconocido la justeza de los principios teóricos defendidos por nosotros, de adoptar esta manera de ver y vivir.

Esta flexibilidad, obliga a unirse al Partido a cualquiera que desee servir a su Raza y a su Pueblo y no es posible imaginar una acción en este sentido sin que se establezca una relación entre ella y el Partido.

La idea de la unidad dentro de la Raza y del Socialismo entraña, con mayor razón, la idea de la unión dentro de la organización portadora de los principios y que es, a su vez, el cuerpo activo.

La afirmación y determinación del Socialista Racista es sobre todo ideológica, pero también individual. Su actividad, en la medida en que es concebida como tendente a la unidad, debe agregarse al conjunto unitario del combate. La idea Socialista Racista puede aparecer y aparece normalmente fuera del Partido y dentro del espíritu del individuo, pero no puede manifestarse más que en la unidad del único partido apto para dar vida a esta idea. Fuera del Partido no hay militante posible.

El Partido no es entre los racistas como tiende a ser entre los marxistas un “partido internacional” si no se desarrolla dentro del cuadro de una unidad cultural dada. No son los límites geográficos actuales de un estado los que ponen sus propios límites, sino las fronteras raciales y culturales de cada grupo europeo. La unidad de lenguaje, de las tradiciones inmediatas y de la educación, incluso fuera de toda unidad gubernamental actual, deben establecer las fronteras del desarrollo del Partido. Así, en lo concerniente a Francia, serán tenidos por franceses todos aquellos que de pensamiento socialista racista, hablen francés, pertenezcan a las capas raciales constituyentes del pueblo francés y conserven las tradiciones esenciales.

El Partido, manifestación nacional de la Raza no puede aceptar las estrechas fronteras que le impusieron tratados anticuados o gobiernos extraños al Pueblo y a la Raza. El Partido no es una creación artificial debida a los espíritus especulativos sino que responde a la necesidad de un Pueblo que trata de reencontrar su unidad y participar en la lucha de su Raza aportándole el concurso más consciente posible.

Históricamente se observa que las razas blancas, extendiéndose a través del Occidente europeo como consecuencia de necesidades climatológicas, sociales, políticas, militares y otras, han sido llevados a crear culturas nacionales diferentes en sus formas, aunque obedeciendo a constantes generales comunes. Cada partido debe aceptar este hecho. Pero allí donde a pesar de las fronteras artificiales ve un pueblo se declara su representante.

El Partido no es solamente el medio de reencontrar la unidad para el Pueblo sino también para la Raza. Ahora bien, puesto que él se encuentra ante una división de hecho intentará por lo menos atenuar los efectos de la división, mediante los contactos personales, permanentes de partido a partido en el marco de la Raza; se esforzará en ayudar a la realización de una federación de pueblos de la misma raza, habiendo reencontrado el sentido de su destino y la organización política que corresponde a su propio genio.

El Partido surge del Pueblo, pero es también un brote de la Raza y no le es posible al Socialista-Racista tener separado su partido de los demás partidos racialmente emparentados. Aunque no acepta ninguna sujeción de su Pueblo por otro pueblo,. Incluso si ese pueblo es de su Raza, estará siempre listo a estudiar los mejores medios de proteger mediante una lucha coherente los intereses fundamentales de la Raza. Si nosotros quisiéramos dar una imagen figurada de este desarrollo, diríamos que las razas blancas se encuentran en Europa como el árbol que ha posado sus ramas en diferentes sitios. Las ramas no pueden confundirse pero están todas unidas al tronco común; así los diferentes pueblos y partidos socialistas que los representan deben sentir la necesidad de tomar su alimento del tronco común, sin deber, por lo tanto confundirse.

Se nos objetará sin duda, que no existe ningún partido Socialista Racista. y que es difícil sostener esta posición de unidad más allá del pueblo mismo; nosotros responderemos que la Historia del Socialismo está llena de ejemplos de grupos nacionales que, prohibidos o disueltos, nunca han cesado de mantener los contactos; el que esos contactos a menudo hayan tendido a crear una internacional no invalida nuestro ejemplo. A través de estos contactos siempre se logró restablecer un desarrollo coherente de estas organizaciones socialistas, como así mismo, su tradicional contenido viviente finalmente se impuso.

Hemos definido lo que es el Partido en su conjunto, pero es bueno saber lo que será el Partido Socialista Racista para el militante, puesto que el fin del Partido es realizar las condiciones políticas, personales y sociales de salvaguardia del Pueblo y de la Raza. Este debe aportar y crear los medios necesarios para alcanzar esta meta y aportar al militante todo aquello que es deseable reunir dentro de la vida moral y política. El Partido deberá reunir en sí a las organizaciones sociales, de ayuda mutua, sindicales y juveniles que son indispensables para su desarrollo y el de sus miembros; al mismo tiempo, deberá crear los cuadros necesarios para sus diferentes organizaciones y vigilar que los cursos de formación, verdaderos seminarios den a los futuros cuadros y militantes los medios para guiarse en su combate y conducción del Pueblo.

Pero deberá, además, crear una atmósfera alrededor del militante de tal modo que jamás se sienta aislado y que en los instantes de fatiga pueda encontrar todavía, una expansión y un consejo junto a sus jefes.

El Partido debe crear locales donde se desarrollarán libremente las aspiraciones de todos sus miembros y donde una atmósfera de combate y unidad racial prevalezca. La permanencia dentro del Partido deberá constituir un verdadero hogar de cultura racial y social, al mismo tiempo que debe ser el lugar de acogida para los miembros del Pueblo. Es necesario que allí cada uno pueda encontrar el consejo, el apoyo, la protección, que la son necesarias en toda clase de circunstancias.

Un grupo del Partido que no se dedique a estar presente en todos los lugares en que el pueblo tenga necesidad de su presencia y dirección, traicionaría a la base misma de su programa que le obliga a estar al servicio del Pueblo y de la Raza y de ser su alma y su medio.

En este sentido cada Socialista Racista debe sentir y comprender que todo lo que haga as poca cosa, mientras no haya realizado la unidad de su Pueblo, ni renovado su sentido racial, incluso entonces, su tarea no habrá terminado: habrá de seguir profundizando en la conquista de su Pueblo y Raza.

Sin embargo, más que en la reunión y permanencia, es en el dominio de la propaganda en su propio medio, en su hogar, en el que el Socialista Racista debe mantener su adhesión a una concepción particular de la vida y del mundo. Tal vez, esta exigencia parezca exorbitante o exagerada, pero ¿no es allí, donde se encuentra más a menudo y donde debe defender, y continuar siendo integrante de un pueblo y de una, raza? No es su rol, entonces, dar a su propia existencia el sentido racial que es el suyo, el de su Partido y el de su Pueblo? Podrá fácilmente, dar a todos los miembros de su casa los elementos de reflexión útiles para una toma de posición sana. No podría, por ejemplo, al comienzo de una tarde, cuando estén todos reunidos, leer un corto pasaje de algún teórico de nuestras concepciones, a fin de comentarlo simplemente? Incluso, sin comentario, una repetición de nuestras ideas debe hacer reflexionar a aquellos que le rodean y conducirles a una actitud positiva. Lo que el hombre del pueblo pide particularmente al militante del Partido para poder tomar conciencia de las necesidades de su lucha es no que sea un jefe, sino un consejero y un guía que le permita comprender los grandes problemas políticos y sociales. No le pide que sea el hombre predestinado sino el educador que le ayude a liberarse.

En la historia de las grandes figuras de nuestra Raza, el militante deberá hacer resaltar claramente los principios y las inspiraciones que les han cambiado, más que los gestos de su propia existencia. De este modo, en cada instante, detrás del gesto y más allá del acto, el hombre del Pueblo sentirá el móvil profundo venido de la Raza. Por consiguiente, el militante deberá enseñar, no tanto la historia, sino, más bien, la explicación de la historia a fin de que, habituándose a analizar los hechos del pasado en razón de ciertos principios, pueda cambiar los hechos del presente en virtud de los mismos principios. Lo que el Socialista Racista busca dentro de la historia de las grandes figuras de Occidente, es la historia del desarrollo de un principio o de un conjunto de principios, no la del hombre solamente. De que si es útil resucitar esta tradición y mostrar sus realizaciones sucesivas no nos cabe la menor duda, pero éste no debe ser sino un medio y no un fin; más allá del hombre y por encima de él está la Raza y su tipo ideal; todo otro medio conduciría a un romanticismo de la acción, absolutamente vacío de sentido y demasiado superficial para crear un militante activo. Nuestra preocupación es la de tender a la calidad antes de desear la cantidad, tanto en el partido como en el Pueblo.

Seríamos poco consecuentes si deseando una jerarquía no nos exigiéramos una selección metódica y previa entre nosotros.

EL RACISTA Y LA LIBERTAD

Se ha reprochado largo tiempo a los Socialistas su desorganización su desorden, su incapacidad, y parece *que* al decir esto, se ha tenido en cuenta exclusivamente, lo que es constante a las grandes organizaciones del socialismo semítico-marxista En SU incapacidad para unirse a una tradición popular y racial, el socialismo marxista se esforzó en destruir todo y calificó como caduca toda noción que no proviniera de sus propios métodos. Por otra parte, no teniendo que continuar con ningún pasado se vio impotente para dar al futuro otro contenido que no fuese el económico. Cuando, por el contrario, el socialista conserve sobre el plano social la integridad de sus reivindicaciones y se una a la tradición viviente de su pueblo, no será, entonces, posible objetarle nada. Cesando en su rebeldía se somete enteramente a la noción de organización, que un análisis consecuente de las formulas tradicionales de su Raza, le indica como el más apropiado. Descubre que lo que considera como ideas originales en el plano social son, por el contrario, simplemente habituales a su Raza y que dichas concepciones fueron aplicadas cada vez que una reacción de defensa de la raza las indujo a *tomar* mas netamente conciencia de sus destinos.

Acertando solamente esta disciplina racial, la acepta moralmente y modifica por lo tanto su *manera de ser*.

En fin, a quienes el mito de la división de un mismo Pueblo, en clases antagónicas e irreconciliables pudo equivocar, deben constatar que si bien existe esta división momentánea, no es de carácter permanente o irreductible. El restablecimiento de una conciencia racial dentro de un Pueblo unido debe, gracias al arbitraje de un Partido y Gobierno fuerte, resolver, lo mejor posible lo que no es sino una querrela de intereses en el seno de una misma familia.

Ahora se trata del problema contrario: si a él le parece que abandonando su actitud marxista renuncia a una cierta libertad, constata de hecho que la libertad es el derecho de cada uno de realizar enteramente sus facultades y dones naturales. La única libertad posible existe cuando cada uno, cumpliendo todos sus deberes respecto a los demás, recibe a cambio una suma de posibilidades que ningún otro régimen le puede garantizar. Quedará sorprendido, en definitiva, al comprobar que la libertad es solamente una suma de deberes y no la afirmación de una serie de derechos. El cumplimiento de los deberes crea los derechos; la reivindicación de derechos crea solamente la irresponsabilidad y el desorden.

Naturalmente las condiciones en las que el Socialismo moderno ha nacido influyen sobre la actitud individual del socialista haciéndole alguna veces, ser un revoltoso revolucionario, y otras un revoltoso timorato.

Es así que la revolución de inspiración judía de 1.789, al mismo tiempo que permitió a los semitas tomar en sus manos las riendas del poder político, fijó la prohibición de unirse y de asociarse a todas las categorías trabajadoras del Pueblo.

La revolución burguesa, de inspiración masónica, tuvo lugar en otros momentos y en otros países, pero casi en las mismas condiciones de prohibición.

Por consiguiente, las organizaciones socialistas y sindicalistas fueron desde el principio clandestinas y perseguidas. Esta herencia de sufrimiento y dificultades sin número no dio más que una actitud anárquica al socialista revolucionario. Al mismo tiempo su organización tomó a menudo las formas apropiadas a este estado de cosas y no del socialismo y de la unión de todas las capas del pueblo alrededor de un programa social común. Así ha resultado que el socialista ha estado desde el principio más “contra” todo el orden existente que con una mentalidad constructiva. Dentro de los países donde el socialismo no ha estado perseguido ha tomado otra fisonomía distinta (Inglaterra, Alemania, Estados Unidos) lo que demuestra ampliamente esta afirmación. Sin embargo, el hecho que nosotros destacamos más arriba, la de su ignorancia del hecho racial, le hizo incapaz de realizar la unidad del Pueblo e, incluso, de constituir un programa social y político realizable. Esta ignorancia se debe a que desde el comienzo y muy rápidamente los judíos se apoderaron del socialismo y reivindicaron su monopolio y dirección. Así se disfrazó la realidad al Pueblo y la realidad de que el Pueblo estaba dividido presionado por la Banca, con mayoría judía y por el Estado donde los judíos retenían los poderes decisivos.

Es de este modo como se propaga la noción de que “el capital” tomado en bloque ha sido el único responsable de este estado de cosas, mientras que los modos judíos o impuestos por los judíos han sido realmente el origen de este estado de “división de clases”. Que el egoísmo inevitable de algunos no judíos ha permitido un desarrollo más rápido todavía de este error y de su perpetuación, no impide el hecho de que a menudo los capitalistas no judíos se han esforzado en paliar las desigualdades flagrantes, confundidos y con una prudencia que sólo lo explica su posición social, intentaron enunciar algunas teorías sociales (paternalismo u otra). Así, cualquiera que fuera su posición capitalistas o proletarios, los no judíos intentaron y propusieron resolver el problema social, mientras que las “internacionales” judías intentaban oponerse a toda solución viable que no les llevaba al poder ni les garantizaba su explotación sobre los pueblos.

Que el socialista, presionado entre estas tendencias diversas y opuestas tuvo una posición desordenada, se explica perfectamente.

Fue dado a los socialistas racistas resolver estas contradicciones y estas oposiciones indicando cual es el principio de unión y elaboración de una teoría socialista, subrayando la importancia primordial de la Raza en el destino de los pueblos y en el nacimiento de sus teorías sociales, políticas y de gobierno. La ignorancia de esta ley fundamental de la Raza ha conducido a la revuelta, a la negación y a la anarquía dentro de las teorías socialistas. El descubrimiento y aceptación de esta ley debe restablecer la unidad. El verdadero socialista siempre ha hablado de unidad sin descubrir el medio. Su conciencia fue siempre desgarrada entre la sed de unidad que deseaba para su organización y su pueblo y las obligaciones antiunitarias de una teoría que le era ajena. El Socialista Racista ha resuelto de una manera enteramente responsable y coherente la cuestión de la unidad al mismo tiempo que la de la aceptación de las normas sociales, no por una “clase” sino por las tres agrupaciones del Pueblo: obreros, campesinos e intelectuales. El Socialista Racista restituye todo el valor de las nociones de autoridad y jerarquía que había llegado a ser ajena al socialismo, a pesar de las protestas contrarias. Si las tres partes vivientes de un pueblo se encuentran de acuerdo sobre el principio de una reorganización social unitaria, no podemos decir más que la jerarquización del mismo se desprende por sí

sola. La contradicción mortal del socialismo semítico que debió, para mantener la “dictadura del proletariado” apoyarse sobre una camarilla de extranjeros (judíos), se encuentra frente a esta teoría unitaria racial reducida a la nada. El Socialismo pertenece a todos, cada uno encuentra su lugar y cada uno se encuentra en su sitio. Si las querellas de familia estallasen algunas veces, el Partido y el Estado, árbitros del Pueblo, porque son la elite del Pueblo y la Raza, sabrán resolverlas y apaciguarlas.

La Ley no es para el Socialista Racista, ni el resultado de un sobresalto político temporal de una camarilla en el poder, ni la manifestación del interés de una clase, sino la regla legítima y permanente, inspirada por los intereses superiores del Pueblo y de la Raza para la defensa, protección, y desarrollo de los mismos. La autoridad que él acepta obedecer como una ley moral y a la que obedece espontáneamente dentro de la conducta de su vida, la reencuentra en el espíritu de las Leyes del Estado. Lejos de parecerle una ley que se respeta por el “miedo al gendarme”, le parece la regla voluntariamente admitida porque la misma no puede ser mejor para él y su Pueblo, dentro del estado de desarrollo particular en que se encuentran. Así se dan las condiciones de una libertad tan completa como es posible dentro de la vida en sociedad, así como la disciplina más libremente aceptada para el bien común.

El Socialista Racista se alegra al ver esta unidad de la disciplina y de la libertad reunidas tan fácilmente y de reencontrar su responsabilidad individual en la alternativa y adhesión.

Por el contrario, el socialismo semítico tiende cada vez más a imponerle una ortodoxia agobiante, cuya última manifestación muestra sus resultados en la URSS. Así, al mismo tiempo, como un hilo conductor, un punto de referencia le es dado de forma permanente: la Raza. Ve asegurar a su desarrollo personal y a la actividad de su espíritu, una independencia que habla cesado de esperar. En fin, encuentra su espontaneidad propia, sumergiéndose en las fuentes vivas del genio de su Raza, de las que había estado separado largo tiempo. Ya no existe para él la oposición entre la actividad de la colectividad y la suya, puesto que las dos, a partir de ahora, beben de la misma fuente.

De todas formas, la aplicación de la Ley, sea personal o colectiva, cesa de ser la observancia impuesta por la autoridad policial, de reglamentos sin vida.

Llega a ser como un contacto permanente del ciudadano con su Pueblo y su Raza, sin duda como fue en otro tiempo cuando la Ley y la Fe podían confundirse. El hombre de la Edad Media no veía ninguna diferencia esencial entre la Ley del Estado y la de la Iglesia, entre la de la Iglesia y su propia concepción de la vida. El Cristianismo estuvo en ese tiempo enteramente adaptado a la Raza. Tuvo y supo reunir a todas las capas del Pueblo alrededor de un ideal y de un fin común, realizando una unidad popular de la que muchos aún guardan nostalgia.

Sin embargo, la Iglesia, a falta de comprender la importancia de la Raza y de su unidad que presintió algunas veces, ha olvidado esta organización y esta concepción y esta actitud. El tiempo de un relevo dentro del dominio temporal parece haber llegado. La misión que la Iglesia no ha podido satisfacer, el Socialista Racista la conducirá a su término.

EL RACISTA Y LA MORAL

Hemos indicado en otra parte de esta obra que no es momentáneamente, sino, constantemente como el socialista racista permanecerá fiel a su ideal y a su concepción del mundo. Su vida entera está condicionada por una actividad asumida respecto del pueblo y de la Raza en razón a su pertenencia a la, misma

Por consiguiente esta actitud no puede estar superficialmente limitada a la participación en una reunión, sino que, en la medida, en que su toma de conciencia de la realidad racial despierta en él un orgullo, y una fe profunda llega a ser una actividad constante, modela su vida para siempre.

Cuando viniendo del local del Partido el militante retorna a la vida cotidiana, cuando va a encontrarse con una masa, que no ha tomado conciencia de esta verdad; que a él le transporta y sostiene, no pensará, como hacen los militantes de otros partidos que su labor ha terminado, no supondrá que puede “vivir como todo el mundo” y pasar desapercibido. Por el contrario, su trabajo comienza en ese momento; ha cogido argumentos nuevos, y, el contacto con el Partido y sus camaradas le han infundido un nuevo ardor: retornará más decididamente al servicio de su Pueblo.

El Racista sentirá en su vida personal el orgullo de pertenecer a tal Raza, de mantener y elevar cada vez más esta dignidad, esta nobleza que es la suya.

Dentro de la vida colectiva hará respetar esta dignidad, esta nobleza y este honor primero, en sí mismo y, dentro de su Pueblo después. Empujará a sus compatriotas a tomar conciencia directamente. La dignidad de la Raza es una realidad permanente y no una afirmación vocinglera de mítines esporádicos; es por esto que no puede haber eclipse en las manifestaciones de esta dignidad, porque ella es la vida misma.

Aquel que perteneciendo a una raza de civilizadores, conquistadores y legisladores, actúa como un civilizador y un conquistador no hace sino cumplir el imperativo racial.

El Racista excluye absolutamente de su concepción y de su pensamiento toda noción de un partido con miembros “honorarios” que se contentan con tener un carnet en el bolsillo y pagar una cuota, sin que la adhesión les comprometa a otra cosa que ese esfuerzo simbólico o insulsamente material.

Para él, el obrero que ha dado su adhesión total y que ha modificado profundamente su forma de vida, tomando conciencia de su dignidad racial, es más noble y está más cerca de la sana realidad del Pueblo, que el hijo de una familia aristocrática que se ha contentado con una adhesión sólo de forma. Un solo criterio: se es o no se es digno de su Raza y de su Pueblo; el origen social no significa nada.

Hay un solo camino abierto para poder manifestar la “nobleza” verdadera: el Pueblo, con todas sus reivindicaciones, sus necesidades y la liberación que espera. Así, cada uno, donde se encuentre, en la escuela, en la fábrica, en el campo o en la oficina, sea un director o un simple obrero, no debe conocer sino un ideal: servir a su Raza y a su Pueblo, y obrar para su elevación y liberación, para concienciarse de su dignidad y de su destino. No negamos que ciertas posiciones sociales impiden, por algún tiempo a algunos, dar toda su energía a la causa pero lo que nosotros deseamos, sobre todo afirmar, es que ninguna posición puede disculpar la indiferencia o la tibieza. Hay siempre un modo de contribuir a la liberación del Pueblo y de la Raza, al desarrollo del Partido.

No hay ninguna vía que pueda escapar fácilmente a la determinación racial y aquel que no conduce su vida teniendo en cuenta la Ley Racial ha traicionado los intereses de su propio Pueblo y de su propio destino.

Que nadie piense que es ésta una tarea más baja que su destino, si esta tarea está al servicio del Pueblo y de la Raza. La actividad más humilde, hoy día, es tal vez,

aquella que será la más rica en resultados, llevando un militante al Partido; quién sabe si este nuevo militante no será aquél que liberará al Pueblo y a la Raza?.

Así, esta toma de posición es totalitaria, unitaria y determina todos los actos de la vida del Racista particularmente sus obligaciones respecto al Partido, que él ha declarado voluntariamente ilimitadas.

Pero, puesto que esta adhesión penetra en todos los dominios, ¿habrá, así, una moral Socialista Racista? Sí, y es lo que nosotros no cesamos de repetir. La moral, en efecto, no es una creación artificial de espíritus maníacos, sino que tiene su raíz en la observación de, todos los primeros hombres que vivieron en sociedad. Ya la familia primitiva, después la tribu, el clan, tuvieron su moral, que fue siempre agrupada por una misma raza, alrededor de principios constantes a través de la historia de esta raza. Lo mismo que el canibalismo o los sacrificios humanos pertenecen a las razas asiáticas o africanas, el rechazo a los sacrificios humanos. y el respeto al cuerpo pertenecen a las razas blancas; Rhama mismo, ¿no fue asesinado, por las sacerdotisas negras a causa de su rechazo a los sacrificios humanos?.

La preocupación de obedecer al imperativo de la raza llevará al Socialista Racista a rechazar en todo momento ciertas actitudes, ciertas maneras de vivir, contrarias a las tradiciones y más aun a la salud de la Raza. Frente a la depravación y relajamiento que propagan encarnizadamente las razas extranjeras a Europa y aquellos que han sido podridos por su contacto, el Racista adopta todos los imperativos de la moral tradicional de nuestra Raza. Es característico, por otra parte, que las nociones de virtud hayan sido las mismas entre griegos y romanos, en sus mejores épocas, entre los germanos y en todas las sociedades occidentales. En consecuencia, las nociones morales esenciales serán fáciles de reconocer y encontrar y la noción de “pecado” no será desconocida. Peca contra la Raza todo aquello que intelectual, moral y físicamente puede perjudicar el desarrollo, la salud o la dignidad de la Raza.

El Socialista Racista obedecerá a esta ley moral tradicional, no porque ha sido impuesta por un sistema metafísico cualquiera, sino porque dentro de su espíritu habrá reconocido en cada instante que conducirse en forma diferente causaría un perjuicio a su Raza y a sí mismo. No será una disciplina impuesta desde el exterior, sino la toma de conciencia permanente de una necesidad de la que no puede sustraerse sin mancillar su Raza, sin atentar contra su dignidad. Rehusará, del mismo modo, toda hipocresía formal, porque el juicio no vendrá desde el exterior, sino de su propia apreciación. Nadie le pedirá cuentas o no habrá necesidad de pedirselas, porque sabe que actuar contra los principios aprobados de la tradición racial es contrario a su propia dignidad. Su propio juicio le bastará para negarse a despreciarse a uno mismo, a través de una acción indigna o dañina a su desarrollo. El juicio del Partido o del Pueblo, intervendrá a continuación.

Solo el contacto intelectual permanente con el espíritu de su Pueblo y de su Raza, permitirá a cada uno llegar sin esfuerzo a esta actitud. Es de notar que el socialismo semítico, haciendo del hombre una sola unidad económica, no ha podido responder como nosotros a estos interrogantes.

Una clase desposeída de soporte popular y racial negando toda tradición anterior, refutando toda herencia histórica, que no sea la económica, no podía tener a su disposición ninguna regla moral, al igual que ningún concepto moral.

Solo el Racista, viendo en las “relaciones de clases de la actualidad” un accidente momentáneo que no le puede impedir permanecer ligado al porvenir de la Raza, ha superado esta contradicción y esta debilidad, que remediará, y él lo ha hecho, remontándose más allá de los siglos y a través de ellos, a todas las fuentes espirituales y filosóficas de la Raza.

Es, ésto lo que hace de la concepción moral del Racista, un carácter popular accesible a todos, como, así mismo, un carácter unitario, puesto que cualquiera puede reconocerlo, sea cual sea su grado de religiosidad. Es ésto, también, lo que permite al Racista admitir todas las prácticas religiosas, dentro de la medida en que las mismas no desborden su cuadro espiritual y moral, es decir, en la sola medida en que no perjudiquen el desarrollo armonioso del Pueblo y de la Raza.

Así el Partido, diferente de otros partidos políticos, rechaza, tanto la neutralidad moral, como la actitud profesional. Mientras algunos partidos se declaran ligados al Catolicismo o simplemente “indiferentes” considerando que la moral es de orden privado, el Partido Socialista Racista, por el contrario, debido a su concepción unitaria del mundo, no permanece neutral frente a este problema y lo resuelve, pero sin enfrentarse a ninguna de las confesiones europeas, puesto que su sola reivindicación es el contacto con el espíritu de la Raza.

Es altamente probable, por el contrario, que su concepción moral choque con todas las religiones asiáticas y semíticas, hechas de resignación, de dimisión, de fatalismo y de inercia. Nuestra moral es de lucha de conquista, es defensa de la Raza. No decimos, parodiando la frase de Lenin, “es moral todo aquellos que sirve a la raza”, aunque esta concepción pueda estar cerca de la nuestra, nosotros decimos: es moral todo aquello que afirme al hombre, que le ayude a superarse completamente, que le ayude a realizarse, para permitirle crear valores y nociones nuevas. Así, el hombre superándose y creando valores nuevos para sí mismo, los crea también para su Partido y para su Pueblo y Raza. Solo aquel que no ha creado nada, cela su tesoro, pero aquel que ha creado, entrega su creación en la plaza pública; aquel que crea se aleja de su creación para aventajarla y superarla y para crear otra cosa más por encima de su creación. Desde entonces, su creación puede estar en la plaza pública pues su creador tiende hacia una nueva obra y hacia una superación. He aquí el hombre que el Partido necesita y entiende debe ayudar a crear. Que los débiles y partidarios de pálidas virtudes se aparten de nosotros, también los de pensamiento igualitario y los modestos, porque nuestra moral no es la de ellos y porque nuestro orgullo les hará perecer.

EL PARTIDO Y SU PROGRAMA

Sólo podrán vencer y merecerán la victoria aquellos que hayan decidido usar todas sus fuerzas al servicio de su Pueblo.

Por tanto, hay varias maneras de considerar un programa, y cada partido presentando el suyo ha demostrado que su concepción era diferente en cuanto a su destino y origen mismo. No obstante todos los partidos han tenido algo en común: su programa ha estado motivado por los apetitos inmediatos, los que se imponen satisfacer lo más rápido posible, sea cual sea, el resultado final de su realización. No han visto el interés profundo y lejano dentro de un desarrollo ordenado del Pueblo y de los hombres del Pueblo, menos aun, han tenido en cuenta una realización dentro de los hechos de una concepción del mundo que crease sucesivamente un hombre particular y una sociedad adaptada a la vida y desarrollo de este tipo de hombre particular.

Constatamos que ha existido un tipo de hombre griego, y más anteriormente un tipo ateniense y uno espartano, un tipo romano, incluso, un tipo de hombre de la Edad

Media. Si se tuviera que representar ahora el tipo de hombre actual, híbrido e inacabado, se renunciaría enseguida.

Nuestro programa es en esto muy diferente: deseamos que sea expresada, fuera del programa primero y anterior a él, una teoría filosófica, una concepción del mundo, científicamente basada y que sea capaz de “crear” un tipo de hombre particular para lo que debemos, apoyándonos en la necesidad de “crear” éste tipo de hombre, crear un programa que responda a esta necesidad y la satisfaga; programa político, sin duda, que no decida solamente la inmediata reivindicación, sino un programa de gobierno que tenga proyectos a largo plazo, precisos, teniendo en cuenta las constantes de un desarrollo humano realmente sano, que comprenda desde el principio de las causas históricas, marcando y señalando la decadencia o la grandeza de los imperios y de los pueblos.

De aquí a analizar la situación presente, de una forma nueva, no hay más que un paso. Se reduce a cierto número de necesidades que se reconocen como vitales para el desarrollo y la supervivencia misma de un pueblo, de una Raza o del grupo racial al que se pertenezca.

De ahí, la necesidad del rigor, la amplitud y el carácter lejano y permanente de las reivindicaciones de nuestro programa el cual afirma que sin una política de proyectos a largo plazo y aplicándose sobre varias generaciones, la decadencia, en la que hemos entrado se acentuará. Nuestro programa afirma también que falto de aplicar las medidas que preconizamos, nuestro Pueblo y el grupo de razas (blancas) a la que pertenecemos, está condenado a la desaparición más o menos rápida, bajo la invasión de los hombres de las razas oscuras.

He aquí lo que el programa debe aportar de nuevo. Es por lo que exige en su aplicación una entrega total a cada uno de aquellos que lo admiten. No se trata ya de una mezquina agitación política o del interés personal que despiertan los programas habituales; se trata para cada uno de asegurar la vida futura de la Raza y del Pueblo. Por consiguiente, cada uno debe sentir cuanto lleva en sí de herencia de toda una línea de hombres de su sangre; cada uno debe sentir el peso de esta herencia y medir la importancia permanente de su rol, comprometiéndose con toda la fe, que cada uno tenga en su Raza y en sí mismo. Cada uno debe medir y sopesar el alcance de su gesto.

Por lo, tanto no nos equivoquemos. Si la base, ideo lógica de nuestro programa es permanente, no negaremos jamás que el programa político que se deduce por remotas que sean sus metas, no es sino la expresión de las necesidades y de los deberes de un momento histórico dado. Si bien el programa representa los imperativos actuales de una lucha por el Suelo y la Sangre, por la Raza y el desarrollo armonioso de cada uno de sus miembros, no es más que transitorio dentro del cuadro de un desarrollo humano completo.

Es posible que los acontecimientos, modificando la situación histórica, entrañen el reajustamiento de algunos de sus puntos. Esto no cambia la premisa ideológica del programa. Sabemos que el mundo está siempre en “devenir” y que, por consiguiente, para estar siempre “al día” cada programa y cada agrupamiento humano debería también modificarse constantemente. Pero sabemos que nada será realizable, sin la fijación momentánea de una ley admitida como válida para un periodo histórico dado. El error sería, dentro de un programa, ver un valor definitivo o, por el contrario, negar en nombre de no se sabe cuál “dialéctica histórica” la necesidad de esa fijación provisoria. Por definición, un programa debe presentar, al mismo tiempo, la lucha de varias generaciones para su desarrollo y un criterio permanente para la etapa de duración de este combate.

Es así que tal cual programa perdurará, aun después de nosotros; es el único que, partiendo de bases ideológicas del porvenir humano, las aplica a nuestro Pueblo. Es el arma para la supervivencia de nuestro Pueblo.

Que cada uno sienta este programa y lo sepa. Que cada uno se dedique a convencer a los hombres de nuestro Pueblo de las necesidades de su realización práctica. Trabajo obscuro y paciente, en vez de brillante y coronado por el éxito. Pero el sentimiento de combatir por el destino de su Raza sostendrá a cada uno de su obra de renovación. Nosotros veremos un hombre nuevo dentro de un país nuevo y de un mundo nuevo. Ahora bien un programa nuevo necesita, igualmente, un partido de tipo nuevo y, dentro del Partido, un hombre, un militante diferente del tipo que tienen por costumbre exigir los actuales partidos políticos.

El marxismo afirma que el partido político, sea cual sea, es el medio exterior de acción de una clase social determinada; su estado mayor. La definición marxista de partido político presupone la existencia de una clase social la cual da nacimiento al partido porque necesita una organización particular que dirija y oriente la lucha. Por consiguiente, ni el hombre crea la idea, ni la idea que viene del hombre son, en opinión de los marxistas el origen del Partido y del programa, sino los intereses materiales de una clase son los que suscitan la necesidad de una teoría. Esta teoría aparece como una secreción natural a esta clase y crea el partido.

El marxismo está, duda, en contradicción con su propia definición. Hubo necesidad, en efecto, para dar nacimiento a una teoría proletaria que la clase existiera y puesto que después la clase creará, mediante sus “teóricos proletarios”, una teoría particular que condicione su lucha. Los teóricos proletarios serán hombres emanados de la clase interesada.

Ahora bien, el marxismo declara que el marxismo es una teoría “burguesa” al servicio del proletariado”. He aquí, pues, una clase que no tiene teoría propia para su emancipación y, por otra parte, una clase que crea la teoría destinada a su aniquilamiento, en este caso, la clase burguesa al decir de Marx. Marx, y los marxistas, han indicado que creándose, por ejemplo, un proletariado cada vez mas numeroso y centralizado cada vez más, el capital, la sociedad burguesa organiza “involuntariamente” la lucha de clases y las condiciones materiales de su caída mediante un desequilibrio económico y social más profundo. Esto no implica, de ningún modo, que deba al mismo tiempo aportar los teóricos a sus adversarios.

Yo añado que la teoría marxista parecía en estado de probar la exactitud de su demostración; ella indica claramente que la burguesía naciente había creado sus propios teóricos (los enciclopedistas) para derrocar ‘al feudalismo. ¿Por qué esta verdad no actuó para el proletariado? Simplemente porque ésta no ha sido sino una verdad aparente. En todos los casos son los intelectuales los que han aportado las teorías políticas y no los miembros de una clase particular . A lo sumo, la teoría una vez expresada, llega a ser un arma en las manos de los jefes (igualmente intelectuales) de una clase particular.

El marxismo, en esto, como en otras cosas se ha equivocado o ha equivocado a las gentes que se han dejado atrapar. En realidad la idea es anterior a la agrupación y Marx, enredado en su propia contradicción, ha debido eludirlo. Nosotros afirmamos que hay en el marxismo una teoría particular que preexistió y fue el origen de una agrupación de hombres. Ocurre que, provisoriamente, esta agrupación fue reclutada dentro de un medio social que no fue siempre el mismo, según las épocas y es esto lo que prueba nuestros puntos de vista que no es nuevo tampoco respecto a ésto.

Nosotros llegamos, pues, sobre el terreno más firme, al de la creación intelectual e ideológica a secas. El marxismo es una teoría burguesa como todas las teorías

porque vienen solamente de aquellos que tienen los medios materiales para estudiar y, por consiguiente, la libertad para la elaboración teórica. Pero el marxismo, decimos nosotros, “teoría burguesa”, ¡sí!, pero teoría de la “burguesía judía”, ¡que es diferente!

Si toda teoría emana, por la fuerza de las cosas, de una capa social, particular, siempre la misma, es decir, en todas las sociedades, la clase adinerada, por lo menos la teoría refleja el espíritu y las necesidades de un pueblo crecido dentro de las normas y siguiendo los criterios raciales de una civilización particular. Los teóricos judíos no pueden, entonces, y por lógica, sino aportar una teoría judía, sea cual sea. Los teóricos no judíos aportarán siempre una teoría diferente, siendo la de unos inasimilable e inaceptable para los otros. No es pues asombroso que, solo quienes no están bien armados para defenderse contra los sofismas de una teoría judía, es decir, los obreros, se hayan dejado embaucar.

Sea como sea ésto es lo que nosotros deseamos decir: si el Partido llega a ser algunas veces el lugar de reunión de hombres de una capa social, no es fortuito. El Partido es el lugar de reencuentro de hombres que tienen una comprensión común o parecida del mundo, una doctrina o una filosofía comunes. Para la aplicación de esta idea ellos crean una organización que es el Partido, el cual es su arma. Solo el contenido ideológico y social entrañará por consiguiente, a tal o cual capa social alienable en el partido. He aquí la verdad para nosotros.

Expresión de concepciones diversas de una Raza, las teorías políticas serán más o menos adaptadas al desarrollo de esta Raza y algunas serán, incluso, perjudiciales, siendo factores, de debilitamiento de esta Raza. El Partido que es para nosotros factor subjetivo dentro de la lucha de razas, es el “medio” de una ideología y de una teoría que es, más o menos favorable a esta raza; igualmente, algunos partidos nocivos al desarrollo de la Raza, deben borrarse o ser borrados de su vida.

Creemos también que el Partido, que es portador de todos los medios de la Raza, debe ser desarrollado, ya que sólo él debe, a fin de cuentas, triunfar, so pena de ver al Pueblo y a la Raza periclitarse, caer en decadencia y desaparecer.

Es por ésto que, tanto como sea posible, el Partido que nosotros definimos debe ser el representante y portador de una concepción del mundo y de una filosofía que sean, eminentemente, adaptadas al desarrollo y a la expansión de las cualidades propias a nuestro Pueblo y al grupo de razas que lo constituyen. Así como los partidos marxistas son los portadores de una concepción judía del mundo, adaptada al desarrollo y a la dominación de los judíos sobre el mundo, nuestro Partido será el representante de las fuerzas de nuestra Raza y de las concepciones particulares de los pueblos que desde los orígenes ocupan occidente y han dado, poco a poco, al mundo entero, nociones de Cultura y Civilización elevadas.

El Partido, siendo el medio de realización de una teoría viviente del mundo y del hombre, no es ya él revoltijo de apetitos que se asocian durante un tiempo, sino la unión de hombres que han trazado para sí una imagen del mundo y de la sociedad, sobre la que desean crear y hacer vivir un hombre de Raza particular, el cual definen como el tipo que ellos recrean y representan.

Concepción de forma teocrática, dirán algunos, sin duda; pero nosotros no hacemos sino retomar para la defensa y el desarrollo de nuestra Raza el método que ha tomado Marx y los suyos para la defensa y el desarrollo de la suya y por lo tanto, para el sometimiento de la Raza Blanca.

No obstante, hay una diferencia fundamental entre su aplicación y la nuestra. Ellos afirman, pero sin que pueda ser otra cosa que propaganda, que de su modificación de la estructura económica del mundo, surgirá un hombre. Esto fue, por otra parte,

uno de los tópicos de la propaganda soviética. Ahora bien, el hecho de que el hombre no sea considerado por los marxistas sino como una abstracción económica, les impide tratarlo de otra manera y aportarle las posibilidades de un desarrollo completo. Por el contrario, según nosotros, los racistas, como consecuencia de la toma de conciencia de los orígenes del hombre, de su Raza, de sus tradiciones, de las constantes de su desarrollo y mediante la adopción en un cierto modo de una fe nueva, el hombre modifica su propia vida, su propio comportamiento y por eso debe modificar la sociedad que le rodea y transfigurar el mundo. Los marxistas van desde una manipulación puramente económica a la promesa de una evolución de la naturaleza del hombre. Nosotros vamos desde una reforma individual, física y moral hasta una modificación social colectiva.

Hemos hablado de una nueva. En efecto, nos oponemos absolutamente también a esta concepción que hace de la preexistencia de un jefe la condición previa a la de la existencia de todo movimiento y desarrollo político, moral o social. Es posible, probable y deseable que uno o varios jefes lleguen a ser los campeones y representantes de la Idea, de la nueva fe, pero no consideramos que la condición previa para el nacimiento del nuevo movimiento sea la existencia de un jefe.

Cada uno debe sentir y encontrar en sí mismo primeramente la fuerza de la Idea que nosotros defendemos, el instinto de su Raza.

El gran error de los movimientos parecidos al nuestro ha sido querer designar o seguir primero a un jefe y después observar hacia donde va y por último tratar de reformarse, adaptándose a la Idea.

Por el contrario, la condición de participación en el movimiento es comprender y admitir su forma y fin y llegar a ser un misionero del movimiento, una especie de apóstol.

Lo que vagamente desean hacer los comunistas es “hacer militantes” aptos para orientarse en la lucha política y social; nosotros reafirmaremos en alto grado este procedimiento para conseguir nuestros fines que son los de la Raza y el Pueblo.

Así, cada uno llegará a ser un hombre que vive siguiendo una fe particular y subordina todo a esta fe. Desde el momento en que cinco hombres forman una célula desaparece la adhesión desordenada que hay siempre en el entusiasmo de las muchedumbres, queda el deber y la adhesión profunda como resultado del estudio.

Poco a poco cada uno aprenderá mejor a saber lo que quiere y cómo lo quiere; sentir que la Idea reposa también sobre su persona, y sintiéndose profundamente responsable del Partido, llegar a ser conscientemente un representante y un apóstol del mismo.

El Partido, como una Orden tiene su “iniciación” que es la adhesión consciente a su punto de vista. Después de esta “iniciación”, la Idea se adhiere al hombre tanto como el hombre se adhiere a la Idea. Si, además, un jefe representa la personificación de la dirección de la Idea, no deja de ser un factor secundario. Cada uno, individualmente, debe ser el Partido, como cada fiel cristiano debe ser la Iglesia.

Es cierto que el acceso a tal “Orden” no será para todos, ni fácil. Igualmente no podrán entrar sino los que racial y personalmente sean aptos.

¿Cómo un ser extraño a la Raza podría aceptar tal concepción de la vida y del Partido? Dicho en pocas palabras y simplemente, dicha concepción le es ajena. Por otra parte, el indiferente, el escéptico, el frívolo, podrían encontrar aquí su sitio y la satisfacción de sus necesidades?. ¡Imposible!

La definición será entonces ésta: el Partido es una Orden al servicio de una Idea; sus miembros son los servidores de esta Orden y de esta Idea. Cada uno de sus

miembros, incluso solo, debe propagar esta fe por doquier y en todo momento. Estos miembros no son los que nos siguen ciegamente, sino por el contrario, están para servir voluntariamente.

No están solamente para recolectar el fruto del esfuerzo político de algunos jefes o de algunos militantes, sino que están, además para combatir y conquistar. No están para conocer el plan dulce de “Cosechar”; están para conocer la alegría profunda y el esfuerzo del que labra y siembra. No les basta ya con sopesar, con aire satisfecho, la espiga inflamada y el grano que brota, necesitan desgarrar el suelo y arrojar los granos, que tal vez nunca recogerán. Deben cumplir este acto de fe que consiste en sembrar un grano cuyo valor se conoce, sin saber si fructificará, pero teniendo en el corazón la certidumbre gratuita y fehaciente de que traerá una mies. ¡He aquí el hombre que nosotros deseamos encontrar en el partido .nuevo.

UN RENACIMIENTO PERSONAL Y EL PARTIDO

Hemos de decir que no es necesario obtener se nuestro Pueblo la levadura de un hombre nuevo; afirmarlo y esbozar un programa no basta.

Para un hombre nuevo y un Partido nuevo es necesario palabras que tengan nuevo significado y que no estén unidas a la idea e imagen de un partido corriente. Un hombre nuevo, gestos nuevos.

Cada uno de vosotros, camaradas, conocidos y desconocidos, miembros de nuestro Pueblo y de nuestra Raza, debe tener en el corazón el amor profundo a su Partido, no por

lo que es, sino por lo que debe ser y por lo que será en sí, de savia, de sangre
Y de promesa.

El amor al Partido debe ser como el acto de fe en la Idea de la que el Partido es el portador y no el afecto Superficial a su forma externa o a sus jefes.

La idea del Partido debe ser para cada uno de sus miembros como la confianza fehaciente y aún gratuita que el novio tiene a su novia en lo más profundo de su corazón y en cada uno de sus gestos.

Si estas Palabras nacen nuevas en nuestro espíritu refiriéndose a un partido político, diremos que el partido debe llevar en sí la Vida y la Sangre, la fuerza y el porvenir de una Raza y de un Mundo.

Que cada uno de vosotros al levantarse por la mañana se pregunte, ¿qué voy a hacer hoy por la Idea y por el Partido? Que ello no sea sino como un nuevo acto de fe en la Raza y en la Sangre, en el Suelo y en el Partido. Se es miembro del Partido las veinticuatro horas del día, y también en el umbral del sueño.

Algunos han dicho que no se ocupan de la política más que en las horas de poca actividad, en los ratos libres, en los momentos de ocio. Por el contrario, es durante las horas de actividad, cuando hay que ocuparse de la Idea y durante las horas de ocio hay que pensar y prepararse. Se debe actuar como hombre del Partido, portador de la Idea, y en los instantes “vacíos” pensar que se podrá hacer por la causa durante las horas de actividad. ¿Qué te reporta esto?, dirán algunos.

¿Crees tú, que el hecho de pertenecer a cierta Raza, de tener ciertas afinidades, de vivir en medio de signos evidentes de una Cultura y una concepción del mundo, no son cosas acaso, que tú tienes y que has recibido?

No están ahí por azar. Tú las has recibido en depósito, tienes una deuda. El hecho de luchar en el Partido y por la Idea reporta que tú las guardes y enriquezcas. Nadie,

puede decir “después de mí el diluvio”, por que el diluvio está aquí antes de que él se vaya si le ha dejado venir.

Aprende que no puedes dejar engañarte por nadie si sirves no aun hombre sino a una Idea. Sirviendo solamente a una doctrina el que te quería embaucar se engañará por tu propia fe. En efecto, sin la fe, no osará hacer lo que tú osas, no cumplirá lo que tú cumples.

El movimiento y la vida, gracias a tu fe, barrerá. Caerá en una situación tal que la vergüenza le abatirá; huirá ó se dejará ganar por la misma fe.

Otras personas dicen: trabajo por la causa por el Partido de vez en cuando; pero el domingo por la tarde cuando estoy con mis amigos, con mi mujer o con mi novia, entonces no. Muy bien, podrías pensar como un católico durante diez horas al día y la onceava actuar o razonar como un protestante o un budista? Si lo haces, entonces ya no puedes durante algunas horas reclamar una cierta manera, de vivir y después otras horas desmentir y olvidar tu concepción de la vida y la Idea que la determina. ¿Podrías demostrar durante cuatro horas los perjuicios del mestizaje y después a la quinta contribuir a adulterar tu Raza? Esto es imposible o despreciable.

Con tu familia, allí donde vivas, en todo instante tu vida debe permanecer siempre elevada y tu espíritu debe estar guiado por la Idea y el Partido.

Es posible que algunas veces, por la fuerza de las cosas, te encuentres en medio de un ambiente donde tu Idea no puede ser emitida; mejor es tararse que renegar de aquello que es la razón de tu vida.

Es mejor la descortesía que la capitulación y mejor la grosería, que la traición.

Por otra parte, si con firmeza, dignidad y calma, osas defender tu concepción, no hay medio que pueda permanecer completamente hostil y cerrado. Esto es solamente cuestión de coraje y de fe.

Porque el Partido es portador de la Idea y de la Fe y porque tu adhesión es meditada y profunda, no vienes al Partido de paso como cuando vas al sindicato. Siempre tienes necesidad del Partido, vives en él o él vive en ti, como el fiel vive para su Iglesia y la Iglesia para sus fieles.

Has venido al Partido y te has enrolado en él para vivir de una manera nueva, pues has aceptado la nueva forma de comprender el mundo, que es la del Partido.

Has adoptado un nuevo patrón, de medida para valorar las cosas y los seres. Desde entonces tu vida privada deja de ser la misma que tu vivías anteriormente. Al alistarte te has enrolado no solamente para cumplir algunas tareas automáticamente, tales como pegar un cartel o distribuir un diario, sino tu espíritu y tu corazón se han enrolado, igualmente. Toda tu vida y tus relaciones con el medio ambiente habitual deben ser modificadas y transformadas, veías el mundo como todos lo ven, pero ahora tus ojos lo descubren de nuevo.

Esto es lo que exige de tí el Partido. He aquí lo qué tú ganas con ayuda del Partido.

Desde el momento en que ingresas en él, tus actos tienen más resonancia y alcances insospechados. Tus actos ya no te pertenecen, pertenecen al Partido y a la Idea que él personifica. Si admites que tu convicción y la opinión del Partido deben reformar la sociedad no solamente en lo superficial, sino que deben transformarla en su sustancia misma aportándola valores nuevos; si piensas que los criterios nuevos, la nueva escala de valores que aportas con el Partido deben transformar no solo el mundo sino el hombre, entonces sentirás tu responsabilidad.

Desde el día en que llegaste al Partido dejaste de decir “yo” para decir nosotros; esta élite de hombres que parten no solamente a la conquista del Poder, no solamente a la lucha política, que será simple y mínima, sino a la conquista del hombre y su fin

mismo. Nosotros, ese puñado de combatientes y maestros (en el sentido educador) que aportan una verdad para todo un milenio.

Dejas, evidentemente, de ser libre en el sentido individual que le han dado los insulsos demócratas burgueses, pero llegas a fortalecerte con esta adhesión y es esta fuerza la que te hace libre, con una maravillosa libertad venida del fondo de ti mismo. Sabes que has sido libre de venir o no venir, de escoger esta vida nueva y cuando la has escogido has sentido la certeza de estar al fin en la senda que buscabas. Has sentido que las fuerzas que tenías a tu alrededor se han agregado a la tuya para liberarte un poco mas.

Ser libre es tener la posibilidad de realizar dentro de la vida y del mundo, la concepción que se tiene de esa vida y de ese mundo. Cuando has venido al Partido tu concepción y la del mundo se han fundido, y has adquirido por ello la posibilidad, la libertad de realizar tu concepción; el Partido ha agregado la fuerza para realizarla, ha acrecentado así tu libertad en toda la amplitud de su fuerza, con toda la voluntad de su número. Es la sola fuerza, la fuerza de la adhesión y de la participación en la vida del Partido la que te da la libertad y la fuerza. He aquí lo que recibes del Partido. He aquí lo que hace tu deber ilimitado, como ilimitado tu esfuerzo y como ilimitado tu poder dentro del Partido. Tú das todo, pero recíprocamente te aporta todo. Esto no significa que el Partido te sustente materialmente, sino que intelectual y moralmente, responderá a todas tus inquietudes, necesidades e interrogantes.

Sabemos qué el pequeño burgués, el hombre vulgar, aquellos que piensan y pesan la moral con el estómago no podrán soportar tal concepción, tal adhesión y tal don. Pero el Racismo no hace, no crea un Partido ni un mundo para que los mezquinos reinen y para que su moral llegue a ser la ley en todos los débiles, inseguros; aquellos que desean una vida fácil y mediocre se aparten del Partido; no se sentirá a gusto, no podrá vivir con nosotros y, sin duda, nos impedirán mantenernos firmes en el Partido.

Por eso, nosotros que hemos aceptado de antemano obligaciones, estos deberes que aceptamos vivir peligrosamente, que hemos deseado que esta concepción y esta moral sea nuestra, decimos a todos aquellos que pesan la moral en una balanza de tenderos: ¡dejadnos el camino libre, vuestra ruta no es la nuestra!; pero, por el contrario, a quienes son capaces de darse por entero, a los que son capaces de concebir esta causa y valorarla, para los que la vida debe ser una lucha, un combate, una disciplina, a todos decimos: "Venid a nosotros y juntos marchemos".

‘No deseamos hacer una capilla ni una iglesia nueva; nuestro Partido no es lugar de acceso de arribistas electoreros. Portamos la Idea al servicio del Pueblo y de la Raza, actuamos para unir el Pueblo y salvar a nuestra Raza, si puede aún ser salvada.

No vamos a ocuparnos de los grupos o partidos existentes. Tal vez ellos deseen ocuparse de nosotros y oponerse a nuestra obra; peor para ellos porque serán barridos y vendidos por el ímpetu de un Pueblo o que se libera de una Raza que vuelve a tomar conciencia. Éstos, (los partidos) retornarán al olvido de donde, han venido de la nada.

A partir de ahora, a ti que has venido y has hecho tuya nuestra concepción, te decimos: que la alegría del combate sea contigo. Es necesario que de ahora en adelante, cada mañana, tu despertar sea como un grito de guerra y de victoria, como un himno de vida a la jornada que empieza. Aprenderá a cantar cuando despiertes a fin de que la fuerza y alegría de tu canto despierte también la fuerza y alegría de tu corazón.

No cantarás esas amaneradas melodías que las guitarras eléctricas hacen sonar por las discotecas, sino nuestras canciones del Pueblo y nuestros himnos de combate; esos cánticos que han ido al fin del mundo al paso rítmico de nuestros ejércitos. Aún menos. cantarás esos cantos estúpidos de bestias llorando sino los que aseguren unir la lucha Socialista a la voluntad de combate. Cuando comiences así el día, partirás con un paso más decidido hacia el trabajo y harás con mayor entusiasmo tu labor propagadora de nuestra idea; pero no solamente querrás suscitar el impulso que te hará triunfar cada mañana, en tu diaria labor, sino que guardarás algunos instantes de silencio y reflexión.

Hemos dicho que has llegado a ser un hombre nuevo. Esos minutos de silencio te ayudarán a serlo. Los hombres de nuestro Pueblo han olvidado meditar en silencio y soledad; en esos minutos medirás tu fuerza y tu meta. Tal vez al principio no pienses en nada o tu mente vagabundeará, pero bien pronto esos cinco minutos llegarán a ser por su disciplina, ricos en sustancia y vida.

En esos momentos llamarás a todas las fuerzas que están esparcidas en tí y alrededor tuyo, para este combate inmenso que has emprendido y para guiar la meditación, que es todo el espíritu de tu Raza y de tu Sangre que viene en tu ayuda.

Espíritu de nuestra Raza y espíritu de nuestra Sangre.
Sed, en nosotros mismos y en nuestro Pueblo, penetra
en nuestros espíritus y en nuestros corazones.
Anima nuestros pensamientos y nuestros actos en
este día y los venideros, porque eres tú, espíritu
de nuestra Raza y de nuestra Sangre
que has hecho la grandeza y la potencia de nuestro Pueblo.
Tú que has hecho nacer en nuestro Pueblo a los
combatientes y a los conquistadores.
Haz de nosotros también, combatientes y fieles
conquistadores de un Mundo nuevo.
Tú que has hecho la Cultura y el resplandor de
Occidente, danos la fuerza para luchar y vencer.
Haz de nosotros los Campeones del Suelo y de la
Sangre, del Partido y de la Libertad.

UNA ULTIMA PALABRA

El Socialista europeo ha' asistido' a la sucesión de innumerables escisiones que han tenido lugar en el movimiento socialista. Si ha sido un militante de base ha permanecido en contacto con su Pueblo, ha conservado la nostalgia de una organización unificada la convicción de que el Socialismo es uno dentro de su espíritu. Sin cesar ha deseado la unidad, esa unidad que tantos "bonzos" han roto y que tantos teóricos han dicho que es imposible; esta unidad, en fin, a la que ellos han impuesto tantas condiciones previas que la han hecho imposible.

Así después de haber pretendido que el pueblo estuviera y que debía estar dividido en sociedades antagónicas, obraron de tal modo que el Socialismo, siendo emanación, según ellos de una clase única, ha sido condenado a la fragmentación. Asimismo, esta "clase" de la que ellos se hicieron campeones y a la que ellos consagraronse como representantes, se ha escindido en fracciones rivales y

enemigas cuyos miembros a menudo, terminaron cómo sucedió en Alemania, Austria, Polonia y tantos otros lugares, por enfrentarse violentamente entre sí.

Jamás un hombre del Pueblo se ha resignado a esta división, ni comprendió las razones y difícilmente soportó las consecuencias.

Hemos dicho cuales fueron los motivos de la división, también hemos precisado qué es lo que hará posible la unidad, pues ya sabemos donde se encuentra el principio común del 'Socialismo que permitirá restablecer la unidad del movimiento socialista en el seno de una misma Raza.

Desde el instante en que pueda establecerse de modo consciente y claro un principio que sea admitido por todos y que domine las otras nociones condicionándolas, la cuestión de la unidad será rápidamente resuelta. Las tendencias pueden llegar a concurrir todas al mismo fin. El rol del jefe será coordinarlas y dirigirlas utilizando cada fuerza allí donde sea más útil. Está claro que los temperamentos diversos hacen a unos reformistas y a otros violentos, pero lo mismo que dentro de un pueblo se encuentra a hombres de gabinete y a militares, es posible dentro de un mismo partido utilizar las tendencias particulares para el interés del Partido. Esto ha sido imposible durante el largo tiempo que la violencia o no violencia sirvieron de criterio a una discusión doctrinal; es fácil cuando el criterio viene a ser la obediencia a las leyes de la Raza o su rechazo.

Hasta ahora, debido a que el problema se plante al revés, la consecución de la unidad ha sido una quimera que tropezaba con la discusión bizantina: violencia o no violencia, tomada como base doctrinal.

Del hecho de que la lucha por la Raza y por el Socialismo, dentro de la Raza, necesita la utilización simultánea o sucesiva de las vías pacífica y violenta, se deduce que la división del movimiento Socialista no tiene razón de ser: las dos vías son necesarias.

No hay progreso sin educación, sin propaganda, en una palabra, sin juristas. Pero si la propaganda no está protegida, si la educación no se conduce firmemente, si la ley, en una palabra, no se apoya en su "brazo secular", ningún progreso es posible. Si politizamos un poco nuestras expresiones diríamos que sin teóricos, ni parlamentarios ni delegados, el contrato social es imposible; pero sin manifestación y sin organización de combate la acción de los teóricos y parlamentarios está condenada al fracaso. ¿Acaso no ocurre que un simple ruido de sables apresura y facilita la negociación?

Dentro del movimiento Socialista, ¿quién renunciaría a este método? Quien ignora, también, que este método aislado no lleva sino a la destrucción y al fracaso?

El Socialista Racista sabe que la Historia se hizo mediante la utilización de los dos medios combinados en diversa proporción y acepta, dentro del Partido, toda la gama de tendencias extremas e intermedias. Pide solamente lo que es fácil; que la disciplina sea respetada; que los jefes utilicen ambos medios y midan sus efectos y tengan la posibilidad total de maniobra. En una palabra: el Racista exige la unidad de mando dentro del combate social como el único medio de vencer siendo el criterio único, el interés superior del Pueblo y de la Raza.

Naturalmente. este jefe, como humano que es, no podrá ser totalmente imparcial, pero sabrá rodearse de consejeros juiciosos. Si el jefe comete un error no tendrá importancia grave si la unidad rígida de la organización permite repararlo. La unidad y disciplina son los dos polos vivientes de la organización que permiten siempre separar todos los errores y a menudo usar los errores para el mayor provecho del Partido y del Pueblo.

Aquellos que asegurara la unidad y permanencia del movimiento, es decir, del Socialismo unificado sobre su base racial y popular, será su aptitud para seleccionar a los jefes que sean capaces de ver lejos y profundamente el interés del Pueblo y de la Raza; cuyas vidas sean modelo para cada racista; de lo que debe ser y puede ser el militante. Lo que asegurará la permanencia de la acción es la aptitud, en cada momento histórico, para resolver cada problema y darle una respuesta adecuada al destino racial del Pueblo.

Así, toda la vida del movimiento Socialista todo el porvenir y la permanencia de la unidad están ligadas a la capacidad de selección constante y rigurosa de sus mandos y sobre todo de sus mandos superiores.

Ningún sacrificio será demasiado grande para asegurar esta selección, el reclutamiento sistemático y la formación de estos cuadros.

Se nos objetará que el peligro de confiar a algunos o a uno solo el cuidado y la responsabilidad de decidir cuales son los intereses de todo un Pueblo e incluso de toda la Raza, es considerable y enorme en el sentido de que la autoridad a él conferida es fuerte en el caso de un error.

Una vez más pensamos que esta unidad de mando es la condición de la unidad y si deseamos ejemplos históricos de organización que hayan utilizado el mismo proceder de dirección no tendríamos dificultad en encontrarlos. La unidad absoluta de mando y la disciplina rígida permiten en todos los casos una permanencia segura y una vitalidad sin desfallecimiento a toda organización. La condición de aceptación de esta disciplina y de esta unidad es solamente la sumisión individual a la meta propuesta. Nuestro fin es tan importante, vasto y elevado como para que cada Racista someta su vida a este imperativo.

Resumiremos así lo dicho: con el Partido el militante es reintroducido en la gran realidad de la lucha socialista, tras haber tomado conciencia de la permanencia racial. Esta toma de conciencia no le es impuesta por el Partido, sino por el estudio personal de la Historia de su Raza y de las teorías sociales surgidas del genio de su Raza. El tipo humano que ha reencontrado y aceptado reproducir no podrá reproducirlo, sino en el Partido y mediante el Partido, único medio del Pueblo y de la Raza para realizar su destino. Podrá confiarse al Partido porque sólo el Partido realiza la selección rigurosa que permitirá orientar al Pueblo en razón de sus necesidades profundas. He aquí la posición del Socialista Racista.

Concluimos diciendo que: el militante sólo reconocerá como justas y aceptables las decisiones del Partido como tome conciencia de que el Partido es el heredero de milenios de Civilización Blanca que nos han precedido.

La necesidad de tomar conciencia individual, antes de la adhesión nos lleva constantemente a no aceptar a la ligera la adhesión del primero que llega. Un tiempo de prueba debe imponerse a cada simpatizante, tiempo de práctica en el que conoce el Partido y sus concepciones, en el que demuestre también su determinación de aceptar el nuevo genero de vida que comporta su adhesión.

La mayor parte de los hombres de nuestro Pueblo hasta ahora, cuando ha ido a un partido político le ha acogido con los brazos abiertos y sin explicaciones, ni obligaciones previas. De lo que se trata únicamente es de aceptar algunas reivindicaciones demagógicas e inconscientes de ese partido, sin que, recíprocamente, derivara para ellos obligación alguna. Esos partidos no se creen obligados a realizar su programa; tampoco podría pedir a sus militantes más devoción y honestidad.

Los Racistas deberán intentar una renovación total de las nociones de programa, de doctrina y adhesión. Ellos han presentado como reivindicación no tomar meramente

el Poder, sino recrear un Pueblo unido y una Raza fuerte. El fin esencial no es el de reemplazar una constitución por otra sino fijar a cada uno la meta de 'su vida, sabiendo muy bien que si los hábitos y las costumbres cambian, la constitución y la ley también.

Se trata pues de crearle a cada uno una obligación moral y de escoger entre la salud y la degeneración, y todo hombre del Pueblo deberá hacer esta elección en un momento dado.

Por consiguiente a partir de ahora, para cada uno se abre una serie de interrogantes, en la vida cotidiana. ¿He conducido y construido mi vida personal en el sentido de la Raza a la que tengo el honor de pertenecer? ¿He adoptado ese sentido primordial, cumplido toda mi tarea y he realizado enteramente en mí y al máximo lo que el tipo racial al que pertenezco puede realizar?

En fin, habiendo adoptado ese sentido, habiendo hecho en el plano personal todo lo que de mí dependía para desarrollar en mi persona las cualidades de la Raza. que se encuentran en potencia, ¿he participado en el combate colectivo de la Raza. para su defensa y progreso? Hay entonces, tres escalones: la toma de conciencia personal, el esfuerzo personal y el esfuerzo colectivo. Sólo aquel que logre franquear estas tres etapas, que satisfaga estas tres necesidades podrá y tendrá el derecho a decir que es digno de su Pueblo y de que participa en el destino de su Raza. Sólo aquel tendrá su lugar en el Partido. Según sea la respuesta, afirmativa a estos tres. Imperativos, así será medido el nuevo militante. Su valía personal, es decir, el modo en que personalmente pueda dedicarse al esfuerzo personal y colectivo, le dará la ocasión de elevarse en el Partido pero habrá de pasar por esta previa selección.

Aquí llegamos al fondo moral del problema para ser un individuo realmente útil a su Pueblo y a su Raza, es necesario no sólo no entorpecer el desarrollo de los mismos, sino también, cumplir con su deber racial durante toda la vida.

Aquel que cada día cumple su trabajo normal y permanece políticamente "neutral", podrá pensarse que del hecho mismo del cumplimiento de su faena, ha ayudado a la vida de su Pueblo. Desde el punto de vista marxista, desde el estricto punto de vista de una economía matemática, esto es exacto; pero para nosotros, aquel que sólo hace ésto no ha, de ningún modo, cumplido su deber. No ha contribuido de ninguna manera a asegurar la permanencia y elevación de su Pueblo, y he aquí lo que nosotros le reprochamos: ni en su trabajo, ni en su familia, ni en la sociedad habrá sido un ejemplo, un conquistador, un legislador y, por consiguiente, no habrá alcanzado el tipo racial que deseamos como nuestro.

La noción puramente legal, jurídica: "yo no he hecho nada contra mi Pueblo y mi. Raza", no puede bastar al Racista. La noción misma: "Yo he hecho algo por mi Raza y mi Pueblo", le es igualmente extraña. La concepción válida es la siguiente: "He hecho, en todos los dominios todo lo humanamente posible por mi Raza y mi Pueblo". Es más, haciendo eso, no ha hecho más de lo que debía, en razón de la herencia inmensa que ha recibido en depósito, de su Raza. Toda otra actitud es casi negativa. Aquel que no actúa no representa el tipo de Raza que es esfuerzo, combate, conquista y tendencia a la perfección. Ahora bien aquel que no ese tipo no ha hecho nada por su Raza, puesto que la representará y perpetuará incompleta. Será, sin saberlo o desearlo, causa de degeneración racial. Según el Racismo, por consiguiente, incluso aquel que está contento de hacer "mucho" por la Raza y el Pueblo, sin hacerlo todo, es un factor de declinación

Ser digno de la Raza se confunde con la idea ininterrumpida que viene desde el fondo de las edades agregándose a su herencia; he aquí el fin. Se podrá preguntar qué es lo que cada uno debe hacer para cumplir con su destino racial. Nosotros

respondemos simplemente que su deber es integrarse en el Partido, único organismo capaz de indicarle el mejor medio para orientar su esfuerzo. Se puede, por otra parte, suponer que el Pueblo y la Raza terminen por confundirse el día en que todo hombre del Pueblo tome conciencia de esta meta. Es por eso que nosotros insistimos sobre el hecho de que no sólo debe haber adhesión formal; no tendrá valor e impedirá al Partido cumplir su verdadera tarea. El mayor valor que puede aspirar un hombre si el Partido es digno de su misión, que ha aceptado conducir, es la de ser miembro del Partido, porque el Partido es el medio que permite realizar completamente su ideal.

Por lo tanto, la autoridad de la que ya tantos franceses recelan, ¿no será demasiado dura en un partido que pretende regir todas las actividades de sus miembros e incluso penetrar en sus vidas privadas? Cada uno debe fijar esa disciplina que pesará sobre él, y nosotros estamos persuadidos de que será bien leve para cualquiera que haya venido deliberada y honestamente al Partido.

Sería, sin duda, simplista hablar de política sin disciplina, de lucha política sin dirección política y de autoridad moral del Partido sin considerar que el Partido debe estar poderosamente centralizado. Por lo tanto, si la adhesión de cada uno está bien madurada, si su obediencia a los imperativos de la Tradición Racial es absoluta, la disciplina del Partido no sólo le será leve, más bien, le será un apoyo y una fuerza.

Si se somete a una disciplina, ésta será mayor porque su conciencia se la habrá impuesto y no el Partido. La disciplina del Partido no será para él sino la normal de una asociación destinada a realizar al máximo la propia voluntad del militante convencido.

Es el momento en que habrá realizado al máximo su libertad al mismo tiempo que la unidad total de su propio destino. La autoridad rígida del Partido será tanto más rígida y justificada en tanto esté basada en la convicción y conciencia profunda de cada uno de sus militantes. Es así como se respaldan constantemente la libertad del individuo dentro de su determinación, y la disciplina del Partido para su realización.

Esta libertad y disciplina están ligadas a la calidad de los individuos que la aceptan y no es el individuo al que veinte mestizajes le han bastardeado, el que podrá acceder a tal opción ni someterse a la autoridad. El mestizo no comprende ni lo uno ni lo otro.

Esta determinación individual y colectiva se concibe solamente en razón de la teoría que la origina. Es casi imposible para el militante de un partido burgués o marxista resolver un problema personal, político, social o moral, tal como nosotros le resolvemos; le es difícil dar su confianza total y la integridad de sus esfuerzos a una causa y partido que le represente, esto implica un cierto nivel racial, moral y político que no se da en los partidos políticos burgueses.

Dado que nuestros principios trazan una imagen del hombre singularmente poderosa y atractiva, y porque la fuerza de la evocación de la Raza es ilimitada, la convicción, acción, disciplina, libertad, determinación personal y vida colectiva pueden alcanzar el espíritu de nuestro Pueblo. Por ésto, estamos persuadidos del éxito final de nuestras reivindicaciones y del triunfo de nuestra concepción de la vida y del mundo.

Diciembre 1946

